

PARA TÍTULOS PROFESIONALES DE ESPECIALISTAS (CUARTO NIVEL)

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

DECLARACIÓN y AUTORIZACIÓN

Yo, **VINICIO RENATO GUERRERO GUERRERO** con Cédula de Identidad No. **092799995-3**, autor del trabajo de graduación intitulado: **"JESUCRISTO, SENTIDO ÚLTIMO DE TODA LA EXISTENCIA HUMANA"**, previa a la obtención del título profesional de **LICENCIADO EN TEOLOGÍA** en la Facultad Eclesiástica de **Ciencias Filosófico-Teológicas**:

1.- Declaro tener pleno conocimiento de la obligación que tiene la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, de conformidad con el artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior, de entregar a la SENESCYT en formato digital una copia del referido trabajo de graduación para que sea integrado al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador para su difusión pública respetando los derechos de autor.

2.- Autorizo a la Pontificia Universidad Católica del Ecuador a difundir a través de sitio web de la Biblioteca de la PUCE el referido trabajo de graduación, respetando las políticas de propiedad intelectual de Universidad.

Quito, 1 de septiembre de 2015



Vinicio Renato Guerrero Guerrero
C.I. 092799995-3

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

**FACULTAD ECLESIAÍSTICA DE CIENCIAS
FILOSÓFICO TEOLÓGICAS**

**DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE
LICENCIADO EN TEOLOGÍA**

TÍTULO DE LA DISERTACIÓN

**JESUCRISTO SENTIDO ÚLTIMO DE TODA LA EXISTENCIA
HUMANA**

Por

VINICIO RENATO GUERRERO GUERRERO

DIRECTOR: Mgt. David De La Torre

Quito: 2015

DEDICATORIA

Dedico el presente trabajo a mis padres y hermanos, a mis formadores y hermanos de la Congregación de Jesús y María, a mis amigos y amigas, a los docentes de la Facultad de Teología quienes me enseñaron a apreciar el valor profundo de la vocación y la belleza de la vida, y sobre todo, me han compartido la presencia amorosa del Dios viviente. De igual manera, dedico el fruto de esta investigación a los amantes y buscadores de la verdad.

AGRADECIMIENTO

Agradezco infinitamente al Dios trino y uno, autor de la vida y fuente de la sabiduría perfecta, quien ha caminado conmigo en esta aventura única y me ha dado la fuerza, la capacidad y la perseverancia para alcanzar esta meta y poder disfrutar el fruto de este trabajo.

Agradezco inmensamente a mis padres y hermanos, a la Congregación de Jesús y María, de manera especial, a mis padres formadores y hermanos de la Casa de Formación “La Misión” con quienes he compartido la grandeza del don de la vida y siempre me han dado el aliento, la fuerza y el apoyo incondicional para hacer realidad este sueño.

Agradezco finalmente a aquellas personas que a lo largo de la vida marcaron profundamente mi existencia.

RESUMEN

La cuestión sobre el sentido último de la vida siempre ha estado presente a lo largo de la historia humana. El hombre busca perfeccionarse, ser feliz y darle un sentido auténtico y último a su vida en medio de los problemas que hay en el mundo. Si el hombre tiene nostalgia de Dios, tiene sed de eternidad y hambre de plenitud. Entonces, la pregunta por el sentido último de la existencia aún sigue teniendo vigencia y es de vital importancia que el hombre se pregunte y se cuestione profundamente para que en la búsqueda de la verdad pueda alcanzar el significado al enigma de su persona. Tanto la ciencia como las religiones de las diferentes culturas han buscado responder acerca del significado y del destino último del género humano.

Pero, la revelación cristiana afirma que solo Jesucristo, único salvador absoluto, por el misterio de su Encarnación, en su doble naturaleza humana y divina es la respuesta al sentido último de toda la existencia humana. En Jesucristo Verbo encarnado y personificación del amor el hombre llega a conocer su verdadera identidad y el sentido último de su vocación humana. Por la Encarnación lo humano ha quedado plenamente divinizado. Lo cual nos revela que la vocación del hombre es divina y está hecho para la eternidad. Gracias a la Encarnación del Hijo de Dios el hombre ha descubierto que es capaz de Dios (Capax Dei), y le descubre no solamente el fin último de su existencia, también le revela que todo cuanto existe tiene un origen divino, responde a un propósito divino y que constituye el fundamento de todas las cosas.

INDICE

<u>DEDICATORIA</u>	<u>II</u>
<u>AGRADECIMIENTO.....</u>	<u>III</u>
<u>RESUMEN.....</u>	<u>IV</u>
<u>INTRODUCCIÓN.....</u>	<u>7</u>
<u>CAPÍTULO I.....</u>	<u>11</u>
<u>EL HOMBRE UN SER ABIERTO A LA TRASCENDENCIA.....</u>	<u>11</u>
1.1 SIGNIFICADO DEL HOMBRE EN SU RELACIÓN CON EL MUNDO Y CON LOS OTROS	11
1.1.1 EL HOMBRE COMO SER EN EL MUNDO.....	11
1.1.2 EL HOMBRE UN SER EN EL MUNDO CON OTROS	14
1.2 FINITUD DE LA EXISTENCIA HUMANA	18
1.2.1 LA FINITUD COMO REALIDAD INHERENTE AL HOMBRE.....	18
1.2.2 LA MUERTE COMO PROBLEMA EXISTENCIAL.....	22
1.3 SENTIDO DEL HOMBRE COMO SER ABIERTO AL ABSOLUTO.....	26
1.3.1 EL CARÁCTER SIMBÓLICO DEL HOMBRE	26
1.3.2 EL HOMBRE EN BUSCA DE LO INFINITO FRENTE AL MISTERIO ABSOLUTO.....	28
<u>CAPÍTULO II.....</u>	<u>31</u>
<u>JESUCRISTO VERBO ENCARNADO SENTIDO ÚLTIMO DE LA EXISTENCIA HUMANA.....</u>	<u>31</u>
2.1 EL LOGOS PREEXISTENTE DESDE TODA LA ETERNIDAD	31
2.1.1 LA AUTOENTREGA KENÓTICA DEL LOGOS EN EL SENO DE LA TRINIDAD.....	31
2.1.2 DIOS HA PUESTO SU MORADA EN EL CORAZÓN DEL COSMOS.....	33
2.2 JESUCRISTO CULMEN Y PLENITUD DE LA TRASCENDENCIA HUMANA	35
2.2.1 CRISTO SE REVELA AL HOMBRE COMO EL MISTERIO ABSOLUTO	35
2.2.2 JESÚS, HOMBRE PARA LOS DEMÁS Y HOMBRE PARA EL PADRE.....	39
2.3 LA ENCARNACIÓN COMO MISTERIO DE SALVACIÓN QUE EXPLICA EL SENTIDO ÚLTIMO DE NUESTRA HUMANIDAD.....	42
2.3.1 EL SER DE CRISTO	42

2.3.2 JESUCRISTO, SALVADOR UNIVERSAL	46
<u>CAPÍTULO III</u>	<u>50</u>
<u>JESUCRISTO PLENITUD DE SENTIDO FRENTE A LOS PROBLEMAS DEL</u>	
<u>HOMBRE</u>	<u>50</u>
3.1 ANUNCIAR A JESUCRISTO COMO RESPUESTA A LOS PROBLEMAS DE LA HUMANIDAD....	50
3.1.1 REALIDAD DEL SENTIDO DE LA VIDA EN EL CONTEXTO DEL MUNDO ACTUAL	50
3.1.2 ANUNCIAR AL DIOS REVELADO EN JESUCRISTO COMO LA BUENA NOTICIA A LOS PROBLEMAS DEL HOMBRE	53
3.2 SER DON DE SÍ A IMAGEN DEL LOGOS ENCARNADO EN UN MUNDO AFECTADO POR EL MAL	55
3.2.1 AFIRMAR EL SENTIDO DE LA VIDA FRENTE AL MISTERIO DEL MAL	55
3.2.2 SACRIFICAR EL ÍDOLO PARA VENERAR UN ROSTRO SAGRADO	59
3.3 HABLAR AL MUNDO ENTERO DEL AMOR Y DE LA ALEGRÍA SALVÍFICA DE JESUCRISTO VERBO ENCARNADO	61
3.3.1 EL AMOR DE DIOS LLEVA A PLENITUD EL SENTIDO DE LA VIDA HUMANA	61
3.3.2 LA ALEGRÍA DE ANUNCIAR AL MUNDO A UN DIOS SALVADOR Y ALEGRE.....	63
<u>CONCLUSIONES</u>	<u>67</u>
<u>BIBLIOGRAFÍA</u>	<u>73</u>

INTRODUCCIÓN

El hombre de todos los tiempos siempre ha tenido la necesidad de descifrarse y de encontrar la clave al enigma último de su vida. La búsqueda del sentido última de la existencia humana es una tarea que nunca termina, porque mientras más se sumerge en el misterio del hombre, los interrogantes son más profundos que más de una vez desconciertan al ser humano y lo ponen en crisis hasta llegar a preguntarse si algún día aquel abismo interior podrá ser llenado totalmente y mientras no lo esté seguirá siendo el eternamente insatisfecho.

Cada vez que el hombre se vuelve hacia sí mismo se descubre como un enigma sin resolver. Es más, el problema de los problemas es el mismo hombre, porque solo en él nacen los grandes interrogantes, las preguntas fundamentales de la existencia que en cada época y en cada generación vuelven a aparecer con fuerza: ¿qué es el hombre? ¿quién soy? ¿de dónde venimos y hacia a dónde vamos? ¿por qué y para qué existimos? ¿por qué el mal y la enfermedad en el mundo? ¿cuál es el sentido del sufrimiento y de la muerte? ¿qué hay después de la muerte? ¿cuál es el camino para alcanzar la verdadera felicidad?

Estas y otras cuestiones que aparecen en el camino de la vida vienen a resumirse en la gran cuestión de si Cristo ¿es o no es el sentido último, el centro y la razón de toda la existencia y la historia humana? Pues para el cristianismo, en el contexto del mundo actual, la pregunta fundamental y decisiva sería ante todo ¿por qué debemos seguir afirmando que solo Jesucristo es la respuesta definitiva a la búsqueda del sentido último de toda la existencia humana? Esta es la gran cuestión fundamental que dirigirá nuestro estudio y que trataremos de responder en la presente reflexión teológica.

Con frecuencia aquella cuestión vuelve a latir con más fuerza cuando la vida entra en crisis y es afectada por el sufrimiento, la enfermedad, el absurdo, el mal y la muerte; y a veces estos males arremeten duramente contra el hombre que han llegado a afectar el sentido mismo de su existencia hasta el punto de poner en duda la existencia y el poder de Dios. El hombre

confundido e insatisfecho y también el creyente se han llegado a preguntar si Jesucristo puede seguir siendo la respuesta a estos problemas.

Por tanto, en nuestro estudio afirmaremos que Jesucristo a través del misterio de la Encarnación y que constituye la totalidad de sentido tiene la última palabra a los grandes interrogantes y problemas existenciales del hombre. Este Dios que se hizo carne ha revolucionado el sentido de la historia humana superando los problemas del hombre con la omnipotencia de su amor.

A veces el hombre siente y percibe que el misterio de su vida se encuentra envuelto por otro gran Misterio hacia el cual inexplicablemente se siente atraído y con el cual anhela encontrarse. Es el misterio de Dios el cual atraviesa su existencia y abarca totalmente el cosmos. De ahí que el misterio de Dios y el misterio del hombre son inseparables, no forman más que un solo misterio. El hombre es un misterio porque a pesar de su nada es capaz de lo infinito, a pesar de su finitud es un ser con hambre y sed de eternidad. Por lo cual solamente el misterio de Dios que se ha manifestado definitivamente en la plenitud de los tiempos con la encarnación del Logos revela al hombre su vocación sublime y el significado profundo de su vida. En una palabra, la naturaleza humana ha pasado a ser imagen y sacramento del Dios encarnado.

El ser humano en su misma estructura ontológica se descubre llamado a participar de una vocación altísima y celestial, se siente impulsado a ser mucho más de lo que es y que sólo en Jesucristo llega a hacerse realidad, ya que es el único exegeta del hombre y de sus problemas, la respuesta definitiva al misterio de su persona. Solamente Cristo es la clave al criptograma humano, el intérprete del ser humano¹.

Solo en el Dios de Jesucristo es posible encontrar la verdad última, porque es fuente de sentido y de luz que ilumina y resuelve el problema del hombre. Aunque la época actual se encuentra impregnada por una atmósfera que tiende a prescindir de Dios. Sin embargo, algunos reconocen que en el interior del ser humano se encuentran huellas visibles de su

¹ Cfr, Latourelle, René, *El Hombre y sus problemas a la luz de Cristo*, Salamanca, Ed. Sígueme, 1984, p. 23.

Creador. Lo cual nos revela que el hombre está hecho para Dios, para vivir en comunión con él.

La única manera de afrontar estos interrogantes profundos es sólo a través del único que ha podido responderlas con su misma vida, con el poder del amor que ha derrotado de una vez para siempre el mal y el pecado, y ha vencido el poder de la muerte. Sin él, la vida pierde sentido y ya no es posible un mundo donde el hombre pueda desarrollarse plenamente. En palabras de René Latourelle “*fuera de Jesucristo no sabemos lo que es nuestra vida, ni nuestra muerte, ni Dios, ni nosotros mismos*”².

En el fondo, el olvido de Dios se traduce en el olvido de las preguntas fundamentales. El hombre contemporáneo se ahoga lentamente por la falta del oxígeno de Dios. Anda en busca de un sentido perdido del cual un día gozó y actualmente siente profundamente su ausencia por influencia de una cultura consumista y hedonista que ha ido perdiendo poco a poco el sentido de la vida interior. El hombre sufre el vacío de Dios. Este vacío que Dios ha dejado ha sido ocupado por los ídolos que el mismo hombre los ha fabricado a su medida.

En definitiva, aún en medio de estos dilemas la pregunta por el sentido de la vida siempre estará latente, es una cuestión imprescindible precisamente porque se encuentra inscrito en el corazón de todo ser humano. El hombre busca definirse, busca saber quién es, y desea encontrar una luz a los grandes enigmas y males que muchas veces llegan a truncar sus grandes aspiraciones. Pero solamente en Jesucristo el hombre llega a saber quién es, descubre su identidad y encuentra una razón profunda para llevar una existencia gozosa y colmada de sentido aun en medio del drama y de las contradicciones de la vida. De acuerdo con esto, San Juan Pablo II dirá en la encíclica *Redemptor Hominis* que:

El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo a sí mismo —no solamente según criterios y medidas del propio ser inmediatos, parciales, a veces superficiales e incluso aparentes— debe, con su inquietud, incertidumbre e incluso con su debilidad y pecaminosidad, con su vida y con su muerte, acercarse a Cristo. Debe, por decirlo así, entrar en Él con todo su ser, debe «apropiarse» y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención para encontrarse a sí mismo³.

² Ibid, p. 24.

³ San Juan Pablo II, *Carta Encíclica Redemptor Hominis*, 1979, N° 10,

Desde esta perspectiva, el presente trabajo abordará el tema: Jesucristo sentido último de toda la existencia humana desde tres marcos de reflexión. El primer capítulo, desde el campo de la filosofía, abordará la cuestión del hombre como un ser abierto a la trascendencia. En el veremos, el significado del hombre en su relación con el mundo y con los otros; la finitud de la existencia humana; y el sentido del hombre como ser abierto al absoluto.

En el segundo capítulo de carácter teológico-bíblico, que es el núcleo central de nuestro estudio, abordaremos la cuestión sobre Jesucristo Verbo encarnado como sentido último de la existencia humana. Asimismo, dentro de este marco de reflexión estudiaremos a Jesucristo como el Logos preexistente desde toda la eternidad; Jesucristo culmen y plenitud de la trascendencia humana; la Encarnación como misterio de salvación que explica el sentido último de nuestra humanidad.

Y finalmente el tercer capítulo que es de carácter pastoral, afrontaremos el tema sobre Jesucristo plenitud de sentido frente a los problemas del hombre. Trataremos la cuestión de anunciar a Jesucristo como respuesta a los problemas de la humanidad. Luego, ser don de sí a imagen del Logos Encarnado en un mundo afectado por el mal; y finalmente, abordaremos la necesidad de hablar al mundo entero del amor y de la alegría salvífica de Jesucristo Verbo Encarnado.

Al final de todo de nuestro tema de estudio, presentaremos las conclusiones que nos ofrecerán una síntesis de nuestro trabajo de investigación.

CAPÍTULO I

EL HOMBRE UN SER ABIERTO A LA TRASCENDENCIA

1.1 SIGNIFICADO DEL HOMBRE EN SU RELACIÓN CON EL MUNDO Y CON LOS OTROS

1.1.1 El hombre como ser en el mundo

Sólo el ser humano es la única criatura que se reconoce conscientemente como un ser existente, situado como un ser en el mundo. No es como las demás criaturas que solamente se limitan a estar dentro de la inmensidad del espacio terrestre, carentes de conciencia y sin ningún sentido de pertenencia al mundo. Puesto que simplemente están, de modo que viven sometidas a las leyes biológicas, se hallan reguladas por leyes inmanentes.

Mientras que el hombre, en palabras de Martin Heidegger “*es el ser-ahí o Dasein*”⁴ cuya existencia se distancia de las demás cosas situándose en el mundo de manera singular. Por “mundo” entendemos no una suma o un conjunto de hechos aislados de la vida del ser humano, sino el espacio abierto en el que las cosas se dan. Por algo, la mundanidad es un rasgo constitutivo de la existencia, es una realidad inherente y por lo mismo, el hombre se siente profundamente implicado. No es un simple concepto abstracto, sino que designa algo real, visible y experimentable; es el escenario donde se despliega el obrar humano en sus múltiples dimensiones y en donde el hombre toma protagonismo de su papel. Que no hace más que ir dando respuesta al misterio de su vida y de su vocación.

Por eso, mundo y hombre son dos realidades inseparables, y sobre todo es el hombre quien no puede prescindir de su entorno ya que sólo a través de la realidad circundante la existencia de cada sujeto se irá configurando y llenando de contenido. De ahí que el hombre

⁴ Heidegger, Martin, *El Ser y el Tiempo*, Bogotá, Ed. Fondo de Cultura Económica, 2da edición, 1998, p. 53. Normalmente Dasein se traduce por “existencia”. Dasein (ser-ahí) expresa literalmente el “ahí” (da) en el que se manifiesta el “ser” (Sein).

co-existe, co-habita y co-está con el mundo, siempre se encontrará situado, inmerso en el mundo de las cosas, interaccionando con ellas sin dar lugar a ninguna evasión. La totalidad de la vida humana se encuentra estructurada por esta dimensión existencial, puesto que “*existir no es un estar dado; antes bien, es un realizarse, un gestarse histórico*”⁵. Así, el hombre no es un ser acabado, está llamado a hacerse y a definirse en el acontecer y obrar humanos.

La realidad circundante nos habla de la necesidad que tiene el hombre de un lugar, de un espacio para llegar a ser lo que debe ser. En caso contrario el hombre sin el mundo sería un ser sin raíces y todo sueño de realización sería absurdo. Tal es así que si la vida y las circunstancias no le dicen, le enseñan algo, su misma existencia se vuelve superficial y pasará por la historia inútilmente. Por algo José Ortega y Gasset llega a definirse con una frase muy peculiar: “*yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo*”⁶.

Lo cual significa que toda persona es un yo en el mundo, encarnada en una realidad concreta, compenetrado no sólo con lo inmediato sino también con lo histórico. En este sentido, la realidad es un entretrejido de hechos complejos que la hace inabarcable y a veces incomprensible. El hombre como un ser que reflexiona, que se cuestiona y se pregunta por todo, que tiene conocimiento de sí y de la realidad, siempre va más lejos. En el fondo sólo él sabe lo que significa estar insertado e implicado en el mundo. Porque es algo que lo vive y lo palpa en el día a día, en la cotidianidad de los hechos y en la interrelación con los demás.

Tanto es así, que el hombre experimenta hondamente su mundanidad en todas sus manifestaciones concretas y las reconoce en las preocupaciones de cada día, en los desafíos constantes, en las responsabilidades ordinarias, en el sufrimiento, en la salud y en la enfermedad, en el deseo angustiado de muchos por conseguir un empleo, en el éxito de un profesional, en la preocupación de un padre y de una madre que se desvelan por dar el pan y el estudio a sus hijos, o el de un pobre que busca desesperadamente un empleo que dé sustento a su existir. En fin, es el hombre que lucha y suda cada día por ganarse la vida.

⁵ Heidegger, Martin, *El Concepto de Tiempo*, Madrid, Ed. Trotta, 4ta edición, 2006, p. 14.

⁶ Ortega y Gasset, José, *Meditaciones del Quijote*, Madrid, Ed. Revista de Occidente S.A, 8va edición, 1970, p. 30.

En esta perspectiva podemos decir que el mundo encierra una tensión dialéctica, dando a significar una mezcla de realidades contrarias u opuestas, es decir, donde hay el gusto por la vida se encuentra el absurdo de vivir, donde hay salud se halla la enfermedad, el dolor y la muerte; la justicia y la injusticia; la educación y la ignorancia, etc⁷. El hombre tiene que vérselas y ha de saber optar lo mejor en función de su proyecto existencial. En fin, cada persona se encuentra diariamente en esta encrucijada, *“tratando de elegirse a sí mismo en cada situación y decidir dentro de un mundo de infinitas posibilidades”*⁸.

Tal es la vida del hombre, vive ocupado y sumergido en el mundo de las cosas. A veces se llega a tal extremo que muchos no tienen tiempo para nada, y peor aún para sí mismos. Si por diversas razones la vida llega a resultar trágica o extraordinaria es por la manera como la ha encarado. De ahí, que estar en el mundo es hallarse frente una gran responsabilidad. Una responsabilidad que nos lleva a descubrir que la vida exige ser tomada con mucha seriedad. Puesto que es una misión que demanda mucha entrega y compromiso.

Frente a ella el hombre tiene que decidirse por lo mejor, por aquello que en verdad pueda humanizar este mundo, pueda hacer del entorno material un lugar digno y habitable. El mundo es, en realidad, el único lugar por excelencia donde el hombre está llamado a ser él mismo. Es el espacio vital y de libertad donde la vocación humana, desde la responsabilidad y la creatividad, puede perfeccionarse hasta el punto de alcanzar su forma definitiva.

Si bien es cierto que el mundo juega un papel esencial en la búsqueda del hombre por alcanzar la verdad. Sin embargo, el sentido de la vida también pasa necesariamente en el encuentro con el otro. Por ello, el hombre es un ser relacional, está estructurado para la apertura, es lugar de encuentro y de comunión con los demás y con lo trascendente.

Por eso, necesita de los otros, de la ayuda y de la compañía de los demás para ser auténticamente él mismo. Es en función de los otros y no de sí mismo como el hombre logra realizarse plenamente. El hombre por naturaleza no es solamente un ser social, es también don de sí llamado a darse y a comunicarse recíprocamente. Tiene capacidad de entrega que le

⁷ Cfr, Alvarez, Carlos CJM, *Curso de Escatología Anunciamos la Vida Eterna*, Barranquilla, 1984, 23.

⁸ Santacruz, Efrén CJM, *La Antropología Fundamenta la Ética*, Quito, Ed. Tierra Nueva, 2001, p. 76.

permite ver al otro no como un medio sino como un fin en sí mismo. En una palabra, el hombre existe en el mundo con los demás.

1.1.2 El hombre un ser en el mundo con otros

Es verdad que el hombre se encuentra insertado en el mundo. Pero no es un ser aislado, ni tampoco vive en la eterna soledad. El mundo no es solamente el lugar donde acaecen los hechos. Es también el escenario y la casa del hombre-con-los-demás. De tal manera, que el hombre puede humanizarse y darle sentido profundo a su vida en la medida que sea capaz de vivir en actitud de entrega, escucha y comunión con los otros. Entonces, siempre será necesario pensar al hombre como una totalidad en función de los demás.

Y es que con las cosas no puede haber un verdadero encuentro. Las cosas carecen de interioridad, simplemente están ahí para ser usadas y manipuladas al servicio de las necesidades de las personas. En cambio, el otro, la persona concreta, se halla habitada por lo profundo y lo trascendente, por el deseo de alcanzar también la plenitud. Por tanto, con ella podemos entablar un verdadero encuentro, una total apertura y un auténtico diálogo. El otro es tan importante y esencial que no permite que el hombre viva ensimismado y encerrado en su mundo personal, lo libera del individualismo y de cualquier soledad enfermiza. De esta manera, el yo personal llega a reconocer y a situarse frente a un tú que lo interpela y lo llama a un encuentro de verdad. Tal es el carácter social y comunitario del hombre. En una palabra, el mundo es el lugar donde el hombre existe y comparte con otros de igual condición y dignidad:

En el mundo aparecen otros ser-ahí que son-en-el-mundo-conmigo. El mundo es por tanto, un mi mundo compartido, el mundo del ser ahí es un mundo del ser con otros. Aunque esté solo, su ser está siempre referido a los otros seres humanos⁹.

Por esta razón, el hombre se halla plenamente vinculado a los demás. Tanto es así que ontológicamente se encuentra definido por lo social y comunitario. Es un ser que está hecho para el encuentro y la apertura plena. Es una realidad esencial que se le impone constantemente para recordarle que el otro es una clave esencial para descubrir el sentido de la vida. Dicho en otras palabras, la búsqueda del sentido de la vida pasa necesariamente por el

⁹ Varios Autores: Lobosco, Marcelo; Bianchini, Eduardo; Gercman, Beatriz; Schagen, Virginia; Pazgon, Eliza, *Phrónesis Temas de Filosofía*, Barcelona, Ed. Vicens Vives S.A., 2004, 342.

encuentro con la alteridad. Negar esa alteridad sería eliminarlo, significaría la destrucción de la propia persona y el fracaso total de su vocación.

Por eso, el hombre ha de renunciar radicalmente a esta forma de deshumanización y ha de reconocer y ha de afirmar la presencia y el valor inalienable de la otra persona.

En la medida que sea capaz de relacionarse venciendo toda barrera individualista hasta llegar a penetrar en el mundo interior de cada persona es lo que lo constituirá y lo engrandecerá más profundamente como ser humano.

En cambio, cuando el hombre se olvida del otro, cuando ya no lo necesita y no le importa su existencia es porque se ha vuelto autosuficiente. El otro deja de ser alguien y pasa a convertirse en algo, en una cosa que se puede manipular, desechar desvalorizándola y desposeyéndola de toda dignidad. En el rechazo y en el olvido del otro se encuentra la raíz de los crímenes nunca antes visto en la historia humana. Olvidarse del otro es una forma disimulada de eliminarlo y de asignarle una categoría de no-ser. Es un crimen camuflado que a diario sucede en todas las sociedades del mundo entero marcadas por una mentalidad individualista, reduccionista, materialista, consumista y hedonista.

Por tanto, el hombre sin los otros simplemente deja de ser hombre y de alguna manera anticipa su propia destrucción quedando su vida vacía de todo sentido. E. Mounier afirma que *“el individualismo es una decadencia del individuo antes de ser un aislamiento del individuo; ha aislado a los hombres en la medida en que los ha envilecido”*¹⁰.

Por eso, en contraposición al individualismo la experiencia del encuentro es irrenunciable. Mejor dicho, *“el hombre es un ser para el encuentro”*¹¹, porque es encontrándose con los otros como el hombre, en el fondo, se encuentra consigo mismo. Sólo así se puede vencer toda forma egoísta y aislada de la existencia. El encuentro es una vocación y es algo innato a todo ser humano. Por eso, afirmamos que el hombre no es solamente el ser que co-habita con las cosas sino también el ser que co-existe con otras personas.

¹⁰ Mounier, Emmanuel, *Personalismo Antología Esencial*, Salamanca, Ed. Sígueme, 2002, p. 376.

¹¹ Gastaldi, Italo, *El Hombre un Misterio*, Quito, Ed. Don Bosco, 4ta edición, 1994, p. 102.

Los otros constituyen el lugar del encuentro en donde la persona se enriquece profundamente y se realiza plenamente. Así, el hombre adquiere una profundidad existencial desbordante, porque no es sólo afrontar con valor la realidad hasta las últimas consecuencias, sino también asumir la causa del otro que no es algo sino alguien, que tiene un rostro concreto y al que no podemos considerar un ser anónimo. Tal es así, que más que verlo como una persona hay que reconocerlo como un hermano. De ahí que la clave fundamental está en renunciar a sí mismo para encontrarnos en el otro. De lo contrario, tenemos todas las de perder negando su existencia.

La presencia del otro es una invitación y un llamado a entrar en comunión con él, a entrar profundamente en su mundo dejando de lado la idea de pretender conocerlo absolutamente. El otro es un misterio que siempre debo respetar. El hecho de que sea siempre un misterio no significa que sea una amenaza ni tampoco un enemigo a quien debo eliminar como muchas ideologías que por cuestiones raciales o de clase social lograron hacerlo como es el caso del nazismo y del marxismo.

Toda ideología que vaya en contra del otro y de su dignidad es perversa e injustificable. Siempre el ser humano ha de estar por encima de cualquier interés y de todo deseo de poder. Cada persona es un don sagrado que se halla plenamente definida y habitada por lo divino. Cada persona en sí nos revela algo de su Creador en el cual se fundamenta nuestra dignidad, por tanto, merece pleno reconocimiento y respeto total.

El hombre llega a ser él mismo, la persona alcanza su verdadera vocación en el diálogo recíproco, en la apertura al tú. Y ahí radica la clave fundamental desde la cual el sentido de la vida se construye auténticamente hasta el punto de ser capaz de trascender cualquier forma de obstáculo:

El sentido de mi existencia está vinculado a la llamada del otro, que quiere ser alguien frente a mí y que me invita a ser alguien frente a él, en el amor y en la construcción de un mundo más humano¹².

¹² Ibid, p. 102.

El hombre está más cerca de la verdad cuando entra en comunión con el otro. En el encuentro del yo con el tú, que libera al hombre del individualismo y de la soledad, podemos hablar de un “nosotros” trascendental que da lugar a una forma de convivencia llamada comunidad. La comunidad no es una estructura asfixiante, es un espacio de libertad y de amor, por el mismo hecho de que la comunión es un encuentro de personas libres fundadas en el amor.

Pues, esta es la meta hacia la cual ha de orientar el ser humano su vida y sus relaciones. Sin los otros, el hombre está más lejos de la verdad y más cerca de su fracaso total.

Solamente tomando conciencia de ser don y ofrenda de amor para el otro, lo descubriremos como un hermano, lo reconoceremos en su dignidad inviolable. La presencia del otro es un llamado al reconocimiento y a la responsabilidad de hacernos cargo de él, y solamente desde la entrega de la propia vida podremos escucharlo, amarlo, respetarlo, reconocerlo, cuidarlo, perdonarlo y valorarlo profundamente en todo momento. De ahí que tengamos una responsabilidad mayor frente al otro, “su misma existencia es una llamada al reconocimiento”¹³:

La fenomenología nos muestra, entonces, que el otro está delante de mí como un valor que se me impone por sí mismo; un valor que el hombre mismo no ha creado ni puede destruir, pues se identifica con la misma dignidad de la persona humana, fundada en su conciencia y libertad. Hay que decirle que sí a su existencia, independientemente del color de la piel, de su pertenencia a una raza o a una condición social y de la posibilidad de utilizarlo más tarde en el proceso de producción. Hay que aceptarlo simplemente porque es un ser humano¹⁴.

Pero, para que el encuentro sea auténtico tiene que realizarse siempre desde el amor, ya que sólo así, comprenderemos que para entrar en el mundo del otro es necesario vaciarse de sí mismo, morir a nuestro propio yo, despojarnos de todo egoísmo, superficialidad, de todo deseo de poder y de manipulación, en una palabra, de todo lo que es anti-divino para que yo sea en el otro y el otro sea en mí. El encuentro vivido en el amor es siempre comunión y aceptación del otro.

En definitiva, queda fuera de nuestro alcance reducir la dignidad del otro a una cosa desechable, a verlo como una persona de baja categoría, a ignorarlo y pasar de largo cuando

¹³ Ibid, p. 103

¹⁴ Idem.

sufre y pasa dolor. Jamás será un medio para lograr fines inhumanos. Cuando el otro deja de ser alguien y pasa a ser algo, estamos contradiciendo la verdad de nuestra vocación. Esto nos muestra el gran peligro de toda relación interpersonal cuando el amor no es el centro unificador y el eje fundamental de todo encuentro y comunión humana. El otro siempre me recuerda lo mucho que vale, su valor como persona trasciende cualquier valor terrenal. El otro no es un objeto, es alguien que también está habitado por el misterio y el deseo de lo infinito.

Es más, solamente con un alguien igual, el hombre está más cerca de hallar la verdad y de ser él mismo. Pero asimismo, debe entender que *“la verdad más profunda es su relación con los otros”*¹⁵.

1.2 FINITUD DE LA EXISTENCIA HUMANA

1.2.1 La finitud como realidad inherente al hombre

Hemos visto que la vida llega a tener un sentido cuando el hombre entra en relación profunda con los otros, cuando vive plenamente con los demás la experiencia de la intersubjetividad. Esta forma de salir de sí mismo para entrar en el mundo del otro es un medio eficaz para hacer frente a la cultura de la indiferencia donde el otro con sus luchas y sufrimientos no importa nada. Pero el encuentro auténtico con el otro sólo es posible en un clima de libertad. La alteridad solamente se da entre personas libres.

Ahora bien, es verdad que la presencia de los otros es fundamental para que la existencia humana tenga sentido. Pero, la vida también requiere orden y con una libertad responsable el hombre tranquilamente puede orientar rectamente su vida. Ser libre es siempre elegir responsablemente lo mejor, lo que más nos humaniza y nos edifica como persona. La persona auténticamente libre siempre buscará lo esencial, aquello que pueda orientar rectamente sus fuerzas hacia la consecución del bien.

Por tanto, la libertad no es la suma de actos desordenados, ni es tampoco hacer lo que nos viene en gana. Es en realidad, un acto de la inteligencia y del discernimiento que siempre nos hace optar por lo verdadero, bello y bueno. Como la libertad es parte de nuestra condición

¹⁵ Ibid, p. 96.

finita también tiene sus limitaciones. De esta manera, no es posible una libertad absoluta y sin límites, porque de alguna manera estamos condicionado por el ambiente socio-cultural, nuestra herencia y estructura psicológica, y quizás también por la presencia de los demás.

De todas maneras, la vida es una tarea y un compromiso de hombres libres. La libertad es un principio que atraviesa toda la realidad. Por eso, la vida no es una realidad estática e inmutable, es una realidad dinámica, imprevisible y novedosa. Siempre nos abre a lo nuevo, a aquello que nos sorprende para ir más lejos en nuestro deseo de profundizar el sentido de lo que somos. Por ser la vida novedad continua nos da la posibilidad de hacer algo distinto y no seguir en cosas repetitivas, para que podamos avanzar hacia la perfección. Siempre nos da la oportunidad de vislumbrar lo mejor en cada posibilidad y en cualquier circunstancia. Así lo expresa Viktor Frankl:

Vivir significa asumir la responsabilidad de encontrar la respuesta correcta a las cuestiones que la existencia nos plantea, cumplir con las obligaciones que la vida nos asigna a cada uno en cada instante particular (...) “Vida” no significa algo vago o indeterminado, sino algo real y concreto, que conforma el destino de cada hombre, un destino distinto y único en cada caso singular¹⁶

Es verdad que la vida nos configura, pero en ella también está en juego nuestro proyecto existencial. Cada persona es un proyecto, es algo que está por venir, y de alguna manera, es aquello que nos definirá como personas. Eso nos revela que el hombre está llamado para cosas definitivas, para algo único. Sin embargo, muchas veces frente a lo definitivo aflora el miedo humano, nos invade la inseguridad, la incertidumbre, porque hay el temor de fracasar. En otras palabras, *“el hombre tiene miedo porque ha sido encomendado a sí mismo y puede perderse. Por eso, ve junto a las posibilidades que se le ofrecen, los peligros que le acechan”*¹⁷.

Aunque muchas veces estemos marcados por el miedo y no avanzamos con seguridad. De ninguna manera puede convertirse en un pretexto para evadir el compromiso responsable con la realidad. El miedo puede afectarnos, pero jamás puede determinar la esencia de nuestro ser. Por tanto, es preciso superarlo porque siempre nos hará ver que todo es negativo y oscuro en la realidad, nos incapacita para enfrentar la vida y nos da una visión sesgada de las cosas.

¹⁶ Frankl, Viktor, *El Hombre en busca de Sentido*, Barcelona, Ed. Herder, 2004, p. 101.

¹⁷ Santacruz, Efrén, *La Antropología fundamenta la Ética*, op cit, p. 83.

Por eso, la auténtica experiencia de vivir supone vencer nuestras limitaciones para ir hasta el fondo de la realidad con el fin de descubrir que estamos llamados para algo más. Si el hombre tiene el deseo de ir más lejos y de no sentirse satisfecho con lo que ha obtenido, es porque se siente llamado hacia algo superior que lo trasciende.

Y justamente muchas veces aquella instancia superior lo trasciende no desde lejos sino desde lo más profundo de su ser dándole la fuerza para ir construyéndose como persona. Por esta razón, el hombre cree que la vida puede tener sentido, porque no solamente el hombre sino también toda la realidad se hallan trascendidas por una realidad superior que desde el fondo los empuja hacia la consecución de su plena realización. Y al hombre le corresponde descifrar aquella realidad última que fundamenta el todo de la realidad. O mejor dicho anhela encontrar una respuesta correcta y creíble que dé razón última tanto a su vida como al todo de la realidad:

El sentido de todo lo que tiene sentido, el último sentido, el sentido de la vida es lo que más nos interesa en el fondo y lo que buscamos detrás de todo lo que hay detrás o en lo más profundo de la realidad¹⁸.

Por eso, el hombre es un gran buscador y explorador, no se conforma con lo que ha obtenido y alcanzado, siempre le gusta ir más allá de las circunstancias, siempre tiende hacia lo desconocido porque tiene la esperanza que en algún momento por fin encontrará su identidad y la clave al misterio de la vida.

Sin embargo, el mundo se ha complejizado tanto que el hombre tiene que hacer frente a muchos obstáculos. El hombre es un ser contingente que de entre todos los obstáculos, la muerte representa lo que no desea ningún ser humano. Ante la muerte el hombre no tiene ninguna posibilidad de victoria, es algo irremediable, y es el gran límite a toda forma de existencia.

Entonces, la muerte, la caducidad es la ley que define la naturaleza de todas las cosas. La muerte es la marca de nuestra finitud. Por eso, todas las cosas tienen un límite, todo tiende a perecer. El hombre busca eternizarse, busca immortalizarse. Sin embargo, la vida es corta, pasajera, es nada más que un suspiro, dura un instante. La vida del ser humano es tan frágil

¹⁸ Ibid, p. 87.

que a toda hora estamos expuestos a la muerte. Vivimos como si nunca vamos a morir, pero la muerte siempre nos acecha. Siempre huimos de ella, no queremos morir, por el simple hecho de que queremos existir para siempre. Pero irremediamente todos caminamos hacia ese único destino.

Al mismo tiempo, el hombre siempre tiende al todo, pero al final sólo gozará de una parte de él, aspira a tener algo que nunca podrá tenerlo en su totalidad. El hombre siempre chocará con esta barrera, porque en lugar de poseer el todo, al final nada más quedará con una parte de él. Todo lo que logra adquirir siempre se esfuma rápidamente de sus manos. Esa necesidad de poseer el todo, ese deseo inagotable de saciarse de plenitud también es un signo claro de su finitud.

Además, nada ni nadie puede alterar esta ley de la finitud inscrita en la naturaleza de las cosas existentes. Todo nace, se desarrolla, pero se deteriora hasta esfumarse. Así la vida es tan fugaz que todo transcurre hasta desvanecerse.

El hombre es un ser penetrado por la finitud, *“su misma existencia se encuentra determinada por la finitud del espacio y del tiempo a ella asignados”*¹⁹. Es decir, el hombre no es solamente un ser en el mundo, es también un ser en el tiempo. Estos nos quiere decir que lo que tuvo un principio también tendrá un final. El mundo no está dirigido estrictamente por lo eterno, está gobernado por la ley del tiempo que marca la duración de las cosas.

Para muchos esto es algo que aterra, como el hombre no quiere desaparecer totalmente muchas veces ha empleado todas sus fuerzas y capacidad para eliminar la raíz de nuestra finitud. El hombre siempre se ha rebelado contra ella, siempre ha tenido el deseo de sobrepasar este límite infranqueable. Sin embargo, es algo imposible y está totalmente fuera de su alcance:

Por más ampliamente que el hombre pueda desplegar en el mundo su poder sobre el ser, la misteriosa potencia de la finitud sigue siendo siempre un contrincante más grande y en definitiva invencible (...) Nunca podrá él traspasar totalmente este límite²⁰.

¹⁹ Welte, Bernhard, *El Hombre entre lo Finito e Infinito*, Buenos Aires, Ed. Guadalupe, 1973, p. 22.

²⁰ Idem.

La finitud siempre sitúa al hombre frente a algo que lo desconcierta y lo estremece. En definitiva, lo que aparece frente a sus ojos “*es el horizonte de la muerte*”²¹. Todos caminamos hacia ese único destino. La muerte es una realidad intrínseca que determina nuestra condición de hombres finitos. Por su parte, Heidegger dirá que “*el hombre es un ser para la muerte*”²². Es verdad que el hombre es el ser que anda en permanente búsqueda del sentido de la vida, pero también es un ser que camina hacia la muerte. Y cuando tiene consciencia de ello la crisis se profundiza porque se pregunta si la vida tiene algún sentido cuando todo termina en la muerte, o algunos sostienen que de nada sirve encontrarle un sentido a las cosas si todo termina en la nada, en lo que no sabemos definitivamente.

1.2.2 La muerte como problema existencial

La muerte es un fenómeno natural como también un fenómeno cultural. Sin embargo, al afectarnos profundamente y ponernos en crisis descubrimos que ella encierra algo más. Es un verdadero misterio que muchas veces nos desestabiliza que incluso podemos perder toda esperanza frente a la vida. Sabemos bien que la muerte es un hecho trágico. Pero si ella es un existencial del ser humano es porque tiene mucho que ver con el sentido de la vida. La muerte deja de ser un sin sentido cuando gracias al significado que hemos desentrañado de ella, la vida pasa a tener un sentido, una razón profunda para vivirla plenamente.

Si la muerte no es un vacío, de este modo, la vida tampoco lo es. No estamos dirigidos por una fuerza ciega. En el mundo hay un sentido que desde el fondo gobierna las cosas, y en cierta medida, ese sentido también alcanza a la muerte. En otras palabras, la muerte también forma parte del sentido de las cosas. No es un hecho aislado ni es una cuestión irracional. Es una realidad inseparable de la vida. Sin este misterio no podremos comprender el significado y el propósito de la vida. Por eso, es tan esencial que afrontemos seriamente la muerte como un misterio, porque tiene algo que decirnos en nuestra búsqueda del sentido de la vida.

Por lo demás, la muerte anula toda posibilidad de vida. Es una realidad imprevisible que en cualquier momento puede sorprendernos y acabar con todos nuestros proyectos, anhelos y metas. Aparece sorpresivamente y no perdona nada ni a nadie. Y ese es el gran

²¹ Ibid, p. 24.

²² Heidegger, Martin, *Ser y Tiempo*, op cit, 272.

drama de la existencia humana porque es una realidad que no podemos prever y en el momento menos pensado se puede cruzar en nuestro camino. La muerte es la cesación de todo signo de vida y todos llegaremos, tarde o temprano, a ese momento decisivo. Para Emmanuel Levinas: *“la muerte es partida, deceso, negatividad cuyo destino se desconoce, es un viaje sin regreso, una pregunta sin datos, puro signo de interrogación”*²³.

En este mundo, todo sucumbe ante el poder de la muerte. Lo devora todo hasta reducir al hombre a un cúmulo de polvo y ceniza. Tanto es así que no hay nada que pueda desarraigarla de la naturaleza de las cosas. Aun la ciencia haciendo uso de todo su poder al final termina rendida ante ella.

Además, la muerte determina el plazo de vida de cada persona, y en esa medida nos hace tomar conciencia de nuestra mortalidad. Pero, sobre todo, nos recuerda y nos cuestiona fuertemente que esta vida corta es única, posee un valor infinito y tiene sabor a eternidad. La muerte nos recuerda que tenemos una misión que cumplir en la vida. Más aún, nos advierte que es aquí en esta vida donde se juega definitivamente nuestra eternidad. Por lo mismo, la muerte nos enseña que la única vida que tenemos debemos vivirla con seriedad y responsabilidad. Ella nos ayuda a aterrizar en la vida, a tomar conciencia no solamente de nuestro presente sino también de nuestro destino. Por tanto, no podemos seguir perdiendo el tiempo llevando una vida superficial, sin un sentido profundo de las cosas.

La eternidad a muchos de mentalidad escéptica y científicista les parece algo ficticio. No conciben una existencia en el más allá porque es indemostrable. Y como no hay pruebas científicas debe juzgarse como algo falso, ya que, sólo lo verificable lo que pasa por el experimento cuenta como algo creíble y verdadero.

Por eso, siguen investigando hasta encontrar una solución al problema de la muerte con el fin de no sólo prolongar ilimitadamente la existencia terrena sino también eliminar toda idea fantasiosa que tenga que ver con la eternidad. Y sin embargo, en la misma estructura interna biológica del hombre opera un dinamismo que no hace de él un ser inmortal sino caduco y por ende, destinado a morir.

²³ Levinas, Emmanuel, *Dios, la Muerte y el Tiempo*, Madrid, Ed. Cátedra, 4ta edición, 2008, p. 25

Tener el deseo de llevar una existencia inmortal en un mundo finito es contradecir el orden natural. La naturaleza no está constituida por leyes eternas. Las cosas en su esencia, están estructuradas por lo finito y lo contingente. Lo que un día fue llamado a la existencia llegará a disiparse como el viento sin dejar huella alguna.

El hombre debe morir y debe morir totalmente. Nada de su saber ni de su poder, nada de sus recuerdos ni de sus esperanzas puede él mantener fuera y salvar, todo lo que es y lo que llegó a ser es quitado y devorado por el fin de la muerte²⁴.

Es verdad que vivimos, pero vivimos muriendo²⁵. Ello nos revela la fugacidad y la transitoriedad de la vida. Todos tenemos la certeza que algún día vamos a morir.

El drama de la muerte es un mal que golpea a todos, de tal manera, que a diario somos testigos de ello. Tanto es así que nos hemos acostumbrado a convivir con ella que en el cualquier momento nos puede sobrevenir. Pero es también un hecho que conmociona y paraliza a tal punto que somos incapaces de encontrar respuesta alguna porque no sabemos exactamente lo que es. En definitiva, es el gran enigma que cuestiona profundamente no sólo al hombre sino también a todas las filosofías e ideologías y hasta el mismo Evangelio.

De entre todas las criaturas, únicamente el hombre tiene consciencia del misterio de la muerte. Y como no puede librarse de ella la muerte engendra en el hombre una angustia existencial. La angustia frente a lo inevitable ha llevado a muchos a estancarse en la vida abandonando toda clase de sueños, de ilusiones y de esperanzas. Pues, es absurdo sacrificarse por una meta que al final llegará a esfumarse y a marchitarse. “*Estamos condenados a unas conquistas sin sentido y a unos anhelos sin cumplimiento*”²⁶.

La muerte sólo lo que hace es plantear con más profundidad la pregunta fundamental por el sentido de la vida. Más allá de ser un obstáculo insuperable, la muerte nos revela que este momento puede ser el último de nuestra vida y si no somos responsables y no estamos preparados para afrontarla nuestra vida habrá sido un fracaso rotundo. En otras palabras, la muerte nos ayuda a repensar la vida, nos lleva a examinar profundamente cada uno de nuestros actos y nos desafía a reflexionar seriamente a ver qué hemos hecho con nuestra vida, con el fin

²⁴ Welte, Bernhard, *El Hombre entre lo Finito e Infinito*, op cit, p. 25.

²⁵ Gastaldi, Italo, *El Hombre un Misterio*, op cit, p. 362.

²⁶ Ibid, p. 363.

de hacernos más responsables de la misión que se nos ha encomendado y que precisamente, exige lo mejor de nosotros.

Pero no todos la enfrentan con la misma seriedad y madurez, porque no ven en ella ningún sentido y por tanto, no quieren perder el tiempo ante algo absurdo en el que jamás obtendrán respuestas satisfactorias. En cambio, otros para evitarse problemas y sufrimientos innecesarios prefieren olvidarla llevando una vida de muchas distracciones, desenfrenos y placeres. Es una manera de vivir intensamente el presente para luego dar el adiós definitivo a esta vida pasajera. Sin embargo, la muerte también nos enseña que el apego exagerado a los placeres desordenados y a las cosas superficiales el hombre no hace más que anticipar su propia muerte existencial. Dicho de otra manera, si no nos enfrentamos a la muerte nuestra vida seguirá siendo inauténtica, vacía y superficial.

Desde esta perspectiva, la muerte tiene que ser asumida en la existencia humana para que nos ayude a re-hacer nuestra vida, para que nos lleve a optar por un cambio de vida y a buscar lo verdaderamente esencial. La vida hay que vivirla en función de la muerte, porque ella nos recordará que somos tan frágiles que en cualquier momento podemos dejar de existir. Por tanto, el misterio de la muerte es inseparable del misterio de la vida, o mejor aún, la pregunta por la muerte desemboca en la pregunta por la vida y la pregunta por la vida viene a ser la pregunta por el sentido último de toda la realidad.

En este sentido, la muerte no es absolutamente un misterio trágico y oscuro. En todo su enigma encierra algo más que el hombre muchas veces presiente y capta. Aunque no todos, pero muchas personas en una enfermedad, en las situaciones límites han regresado con más fuerza y vigor a la vida, porque esas personas han sabido luchar hasta el último instante para no perder lo que más aman y que puede ser la familia, un sueño por realizar, un proyecto inconcluso, etc. Cuando se descubre un sentido, una razón para vivir en medio del dolor, el camino de la esperanza está abierto y la curación es posible.

Cuantas personas en los hechos dramáticos repentinos han podido descubrir con toda profundidad, en ese corto lapso de tiempo, el valor supremo de la vida, y desde ese instante como una especie de conversión empiezan a vivir otra historia, una nueva vida dejando de

lado lo innecesario y la resignación para encaminar la vida personal hacia lo esencial, hacia aquello que constituye el fin último de la existencia.

Por eso, en ellos nace una firme esperanza, se ponen al servicio de una vida mejor, la viven con profundidad hasta lograr encontrar el sentido a todas las cosas y los acontecimientos aún en medio de las dificultades. Más allá de su carácter trágico, la muerte siempre nos da la posibilidad de encarar la vida de una manera nueva sin resignación, e incluso nos saca de la superficialidad y nos abre el camino hacia una verdadera trascendencia

En fin, con la muerte llegaremos a saber la verdadera esencia e identidad de cada persona, llegaremos a conocer a fondo lo que fue cada quien, lo que fuimos en verdad en la vida:

Tan sólo en la muerte está completa la figura que advino al hombre y que él se modeló en el encuentro con el juego de sus posibilidades. En la muerte sólo es total la figura de la existencia y así es la muerte el horizonte totalizante de la existencia²⁷.

1.3 SENTIDO DEL HOMBRE COMO SER ABIERTO AL ABSOLUTO

1.3.1 El carácter simbólico del hombre

Hemos visto que la muerte es más que un hecho biológico y forma parte del misterio del hombre. Tanto es así, que la búsqueda del sentido de la vida necesariamente tiene que pasar por el misterio de la muerte, tiene que confrontarse con ella para que esa búsqueda sea real y auténtica. Sin embargo, la muerte forma parte de aquellas situaciones dramáticas e inexplicables que desestabilizan al hombre y lo inquietan profundamente. Por eso, en el hombre no todo es armonía porque, en sí mismo siente un desgarramiento profundo, las cosas no salen como desea, el bien que hace no siempre genera el bien, o a veces llega a desconcertarse porque jamás imaginó que puede ser capaz de las peores cosas.

Por esta razón, ha tenido la necesidad de expresar las realidades y las cuestiones más profundas de su vida a través de un lenguaje simbólico que le permita seguir profundizando el misterio de su vida y de la realidad. En pocas palabras, el hombre no es solamente un misterio, es también un ser simbólico.

²⁷ Welte, Bernhard, *El Hombre entre lo Finito e Infinito*, op cit, p. 24.

El carácter simbólico del ser humano nos revela que el hombre está por hacerse, no es un ser acabado, y en esa búsqueda de ser él mismo y de encontrar un sentido al enigma de la existencia se encuentra en un estado de tensión e inquietud. Es decir, el hombre se descubre a sí mismo como un ser desgarrado y marcado por la escisión, siente un desajuste con la realidad circundante.

Asimismo, se encuentra insertado en medio de dos realidades. Por una parte, tiene la dura y ardua tarea de construirse para alcanzar una identidad verdadera. Por otra, en medio de esta lucha tiene que hacer frente a una existencia marcada por la insatisfacción y lo superficial. En una palabra, su lucha radica en no dejar que el sin sentido tenga la última palabra. Y para sobreponerse, el camino que lo conducirá a encontrar la sanación a esta profunda herida existencial es el símbolo. Haciendo uso de este elemento constitutivo de su ser ya sea a través del lenguaje, de signos e imágenes, en palabras de José María Mardones: “*puede poner sutura al desgarrón de la realidad y cauterizar la angustia de nuestra existencia*”²⁸.

No es a base de conceptos que el hombre logrará integrar los desajustes de su vida personal, ni tampoco con formulaciones científicas obtendrá respuesta a las preguntas fundamentales de su existencia. El símbolo reviste una enorme importancia porque las cosas profundas de la vida no las manifestamos a base de un lenguaje lógico-empírico, sino que las plasmamos en un conjunto de signos e imágenes que nos lleve a una verdadera confrontación con nuestra propia vida.

El símbolo requiere una comprensión lenta y minuciosa. “*El pensamiento simbólico exige lentitud de digestión; recuperación continua de lo presuntamente captado*”²⁹, es un interminable proceso de interpretación.

Por eso, es tan importante remitirnos a los símbolos porque es ahí donde encontraremos razones profundas para seguir afrontando la dura realidad y llevar una existencia cargada de sentido. En definitiva, el símbolo como elemento constitutivo del hombre:

²⁸ Mardones, José María, *La vida del Símbolo: la dimensión simbólica de la religión*, Ed. Sal Terrae, Santander, 2003, p. 83.

²⁹ *Ibid*, p. 84.

Es un pensamiento que alimenta una vida: descubre la riqueza inagotable de la vida y nos devuelve a la tarea de vivirla en sus inmensas posibilidades. Vivir de los símbolos significa vivir explorando continuamente la significatividad y el sentido³⁰.

Por tanto, el hombre para sentirse realizado debe hacer uso del símbolo porque, este elemento permite que las cosas esenciales de la existencia se vean representadas en signos e imágenes y jamás sean objeto de conceptualizaciones y de definiciones últimas. En fin, el símbolo ayuda a que las cuestiones fundamentales siempre conserven su enigma y nunca se den por cerradas.

El carácter simbólico del hombre nos revela que, a pesar de su finitud, anda en busca de lo infinito. Es que en el hombre hay una fuerza que lo impulsa a superarse y a trascender sus propios límites. Como dirá Rahner: “*el hombre es la posibilidad infinita*”³¹, es una nada con capacidad de todo, que busca saciarse de plenitud y llenarse de infinito. Si en la estructura interna del hombre no actuara ese principio dinámico la existencia humana caería en el vacío y por ende, no habría un por qué y para qué de esta vida.

Entonces evidentemente, el hombre reconoce en su interior la presencia de algo más que lleva su vida más allá de todo fin terrenal. “*En todas partes hallamos obrando un principio que impulsa la marcha de la existencia más allá de todo límite, una infinitud en idea*”³². Hasta el punto que llega a contradecir el principio de finitud.

1.3.2 El hombre en busca de lo infinito frente al Misterio Absoluto

Con ello, descubrimos que el hombre es mucho más que un ser finito, porque, es puro anhelo de plenitud y de inmortalidad. Es un ser con capacidad de infinito, tiene hambre de eternidad. Por eso, está llamado a una vocación de altísima dignidad. Esto expresa que el hombre es una estructura abierta, aspira a una realidad superior que constituye el fundamento último de su existencia. El hombre busca crecer hasta el infinito con el único fin de hallarse frente al Absoluto quien constituye la verdad suprema, el sentido último de su existencia y de todo cuanto existe.

³⁰ Ibid, p. 85.

³¹ Rahner, Karl, *Curso Fundamental sobre la Fe*, Ed. Herder, 3ra edición, Barcelona, 1984, p. 51

³² Welte, Bernhard, *El Hombre entre lo Finito e Infinito*, p. 34.

Este deseo del ser humano de encontrarse con lo desconocido con el fundamento último de su vida se debe a que el hombre camina hacia lo infinito y hacia lo eterno, “*es el ser de un horizonte infinito*”³³, “*trasciende lo finito como lo ya dado y abre la expectativa frente a lo infinito*”³⁴. Si bien se haya situado dentro de un sistema finito nada impide que su ser se dirija hacia algo trascendental. Por eso, Jurgén Moltmann dirá que “*el hombre sobrepasa infinitamente al hombre*”³⁵, porque es un ser que se interroga por las cosas esenciales las cuales le permite superarse y avanzar en la comprensión de sí. El hombre se hace tantas preguntas que “*cada respuesta vuelve a ser siempre el nacimiento de un nuevo preguntar*”³⁶. De esta manera, el horizonte se despliega progresivamente en la medida que el hombre acrecienta insaciablemente su búsqueda por el sentido último de todo.

Dentro de este horizonte infinito el hombre, como animal simbólico, se construye continuamente, busca definirse y realizarse, tiene que responder a una vocación a la que ha sido llamado. Sin embargo, esta vocación temporal es el punto de partida para alcanzar la vocación última y fundamental.

El hombre mismo muchas veces ha sentido que cada vocación alcanzada, cada meta conquistada es un reflejo y anticipo de la vocación suprema a la que todo ser humano está llamado a vivir. Por eso, no podemos reducir la existencia humana a un fin terrenal, no la podemos encerrar, bajo ningún pretexto, en ninguno de los sistemas ideológicos del mundo actual, porque en cualquier momento, el hombre puede caer en un estado de insatisfacción y de inconformismo. Por esta razón, el hombre está por encima de cualquier vocación terrenal, es un ser trascendente que se encuentra referido a alguien distinto superior a él, se halla referido a alguien que es la síntesis de todas las vocaciones mundanas:

El fin último del hombre se va realizando paulatinamente en este mundo dentro de los fines mediatos; la vocación última y fundamental del hombre se concreta en las vocaciones temporales y terrestres. Con todo, ninguna vocación terrestre agota y

³³ Rahner, Karl, *Curso Fundamental sobre la Fe*, op cit, p. 51.

³⁴ Suarez, José Antonio, *Antropología Perspectiva Latinoamericana*, Ed. USTA, Bogotá, 1990, p. 237.

³⁵ Moltmann, Jurgén, *El Hombre, Antropología Cristiana en los conflictos del presente*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1976, p. 32.

³⁶ Rahner, Karl, *Curso Fundamental sobre la Fe*, op cit, p. 51.

realiza plenamente la vocación última. Deben estar abiertas a ella, permitir que se expresen cada vez con más plenitud³⁷.

El hombre es testigo y consciente de cuán efímeros son los fines temporales. Es por ello, que aquel fin último, aquella vocación definitiva tiene que ser distinta de las demás vocaciones intramundanas no solamente en lo formal, sino también en lo sustancial. Tiene que ser infinita, eterna e imperecedera para que sea capaz de colmar infinitamente al hombre.

El hombre puede configurarse con lo Absoluto porque no es solamente lo más trascendente, sino también lo más inmanente, que actúa en lo más profundo de su ser. Es más que una fuerza y una energía, porque aquel Misterio Absoluto es lo totalmente otro, posee una estructura personal. Es por ello, que el hombre ha sido diseñado para encontrarse, en última instancia, con aquel único Misterio, con aquella novedad absoluta para que el misterio del hombre quede desvelado e iluminado para siempre.

Por eso, solamente un Bien Infinito que sobrepasa toda la realidad puede saciar por completo toda satisfacción y anhelo del ser humano. Por tanto, el hombre debe tender y hallarse ante el Absoluto, ante el Sumo Bien el cual constituye la verdad última y la respuesta definitiva no solamente al sentido de la vida sino también al misterio de su persona.

Pero hay algo más, si el Misterio Absoluto es una realidad trascendente-inmanente, si es el origen y la meta última de toda trascendencia humana, si es el Infinito y lo totalmente otro, que no está sujeto solamente al espacio y al tiempo. Eso significa que tiene una existencia eterna y divina y por un acto de amor infinito, de la nada todas las cosas fueron llamadas a la existencia. Para la revelación cristiana, aquel Misterio Absoluto, en definitiva, es el Logos eterno de Dios que al llegar la plenitud de los tiempos, en un momento determinado de la historia, se ha manifestado en la persona de Jesucristo que es imagen del Dios invisible.

³⁷ Boff, Leonardo, *El Destino del Hombre y del Mundo*, Ed. CLAR, Bogotá, 1983, pp. 33-34.

CAPÍTULO II

JESUCRISTO VERBO ENCARNADO SENTIDO ÚLTIMO DE LA EXISTENCIA HUMANA

2.1 El Logos Preexistente desde toda la eternidad

2.1.1 La autoentrega kenótica del Logos en el seno de la Trinidad

Si queremos encontrar una respuesta al misterio del hombre y de sus problemas es necesario remontarnos no solo a la existencia histórica de Cristo, sino también a su existencia eterna en el seno de la Trinidad, ya que ahí encontraremos la clave de lo que Dios es en sí mismo y el propósito que tiene para la humanidad y la Creación.

La Sagrada Escritura al tiempo que proclama su divinidad y su filiación como Hijo de Dios, también confiesa su preexistencia. Se dice que todo ha sido creado por él y para él, es el primogénito de toda la Creación (1 Cor 8, 6; Col 1, 15-17), por quien también Dios hizo el universo (Heb 1,2). El prólogo de Evangelio de Juan es el que más remarca la preexistencia del Logos cuando afirma que al principio existía la Palabra, la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios (cf. Jn 1, 1; 17, 5). Con Enrique Cambón también podemos decir que *“al principio existe el don-de-sí, como única modalidad de Ser-sí-mismo”*³⁸.

Si el Logos desde siempre ha precedido a la historia humana es porque desde toda la eternidad ha estado en íntima relación con nuestra humanidad, precisamente porque posee una estructura de humanidad. La Encarnación, de esta manera, responde a la lógica de Dios y nos revela lo que él es desde siempre. Desde ese instante podemos decir que era verdadero Dios y verdadero hombre. Si el Logos desde toda la eternidad tenía una capacidad de humanidad (Deus capax homini) esto nos quiere decir que el Logos eterno es el fundamento, la condición de posibilidad de la Creación y de la Encarnación, es el paradigma, el modelo perfecto de todo cuanto existe y lo atraviesa de principio a fin.

Por tanto, el Logos es la Palabra eterna que el Padre eterno ha pronunciado. Pero no es una palabra etérea, se trata de una Palabra real con una estructura de humanidad que desborda

³⁸ Cambón, Enrique, *Antropología Trinitaria para nuestros pueblos*, Celam, Bogotá, 2014, p. 229.

de un amor sin límites y de un sentido cargado de plenitud. Dicho de otra manera, Dios ha pronunciado una Palabra que salva revelándonos que el mundo y la humanidad no son productos de unas leyes ciegas. Más bien todo tiene un sentido porque responde a un propósito y designio salvífico.

Lo que define al Dios revelado en Jesucristo es el ser don-de-sí y mas no las categorías de omnipotencia, omnisciencia y omnipresencia que son categorías propias de la filosofía griega. Dios es, en esencia, puro amor, total donación y entrega. Este acto de donación es un acto kenótico absoluto que solo en Dios como comunidad de Personas tiene razón de ser. Por su parte, John Polkinghore sostiene que:

“En virtud de este amor sin límites, la vida íntima de la Trinidad está marcada por la kénosis recíproca de las personas divinas en su mutuo relacionarse. El Hijo por su autoentrega, existe totalmente en el Padre, el Padre totalmente en el Hijo, el Espíritu totalmente en el Padre y el Hijo. La autoentrega kenótica es la naturaleza trinitaria de Dios y es por tanto, la marca de todas sus operaciones ad extra: la creación, la reconciliación y la redención de todos los seres”³⁹

Lo que sucede en la Trinidad ad intra revela lo que sucede en la Trinidad ad extra. Por esta razón, la Creación no es algo ajeno al misterio de la Trinidad. A decir verdad, ella ha venido a la existencia como fruto de este acto kenótico, porque desde siempre ha estado inherente al misterio de la Trinidad.

Dios ha renunciado a contemplarse a sí mismo a ser simple espectador para donarse y comunicarse plenamente a la obra creada hasta el punto de verse “afectado” por la suerte de sus criaturas. En Dios no cabe un poder de dominio, sino que él domina donándose por completo, y da lugar y tiempo para que las cosas se vayan haciendo hasta que alcancen su plena realización. Es así que por la kénosis Dios se retira para permitir que las cosas sean y se construyan en un ambiente de libertad. “*Dios ha restringido su omnipotencia, omnisciencia y omnipresencia para dar espacio vital a los seres que ha creado*”⁴⁰ .

La kénosis trinitaria no es un acto que solamente se dio en la eternidad. Es también un acto que atraviesa la Creación entera y que se realiza en el tiempo. Por esta razón, el Dios trascendente es también el Dios immanente que se encuentra profundamente implicado e

³⁹ Polkinghore, John, *La Obra del Amor: La Creación como Kénosis*, Ed. Verbo Divino, Pamplona, 2008, p. 185.

⁴⁰ Ibid, p. 192.

involucrado en el acontecer y en el destino de las cosas y de las criaturas. La kénosis nos revela que Dios se halla infinitamente habitado por el amor, y es este amor divino el que cubre y llena toda la tierra:

Si Cristo nos ha revelado a Dios como Amor, es que la vida divina es esencialmente un foco de amor. Lo que nos revela el Nuevo Testamento es la revelación de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es decir, de personas que se aman y que nos aman. Ese Dios, que es unidad perfecta de personas que aman, es por tanto idénticamente Caridad. En la vida divina lo que impresiona, más que la trinidad de personas, es la atracción irresistible que los tiene unidos entre sí. Cada persona se distingue de las otras por la manera con que posee el amor supremo. Pues bien, la maravilla es que la humanidad haya sido invitada a entrar en ese círculo de amor⁴¹.

Es esa la imagen de un Dios desconcertante que nos presenta la kénosis. Dios ha renunciado a todo poder de dominio, ha renunciado a hacerlo todo y a saberlo todo para humillarse y ponerse al servicio de sus criaturas. En una palabra, Dios quiere tomar parte en el destino de la Creación que ha plantado su tienda en medio de ella.

2.1.2 Dios ha puesto su morada en el corazón del cosmos

Esto significa que Dios ha venido a residir en las entrañas del mundo. De esta manera, supera la imagen de un dios abstracto que vive y observa todo desde las nubes. Si Dios habita la Creación y ha plantado su tienda dentro de ella es porque ama y le interesa profundamente el presente y el futuro de la humanidad. A tal punto que llega a apropiarse del sufrimiento de ella. La Historia de la Salvación nos revela a un Dios que carga con las penas de la humanidad pero toma ese dolor para convertirlo en signo de salvación: *“Dios no es incapaz de sufrir, sino que se abre en su shekinah a los sufrimientos de su pueblo, y en la Encarnación del Hijo se abre a los sufrimientos del amor que los padece para redimir al mundo”*⁴².

El Dios de Jesucristo es un Dios que ama infinitamente y quiere realmente lo mejor para los hombres y no hace otra cosa sino pensar y desear nuestro bien, que en palabras de Torres Queiruga: *“Nos busca a nosotros, desea nuestra existencia y nuestra felicidad”*⁴³. Tiene un interés total no solamente por el género humano sino también por toda la creación y en esa medida se halla trabajando al servicio de sus criaturas en la consecución de su plena realización. Dios no quiere el fracaso de sus hijos, únicamente *“nos quiere felices, y nuestra*

⁴¹ Latourelle, René, *El Hombre y sus problemas a la luz de Cristo*, op cit, p. 444.

⁴² Ibid, p. 193.

⁴³ Torres Queiruga, Andrés, *Dios crea por amor*, Ed. Sal Terrae, Santander, 1996, p. 74.

felicidad y nuestra realización verdadera son su alegría en el cielo"⁴⁴. Su amor por los hombres no se ha quedado en palabras que se lleva el viento. En realidad, es un Dios que por amor trabaja sin descanso para que todos los hombres y la Creación caminen hacia su destino glorioso⁴⁵.

En otras palabras, Dios acontece en el obrar humano, su presencia está en el hacerse de la realidad. Tal es así que en lo verdaderamente humano se manifiesta la gloria de Dios⁴⁶. Pero también, la gloria de Dios es que los seres humanos puedan vivir y sean felices⁴⁷. En toda acción auténticamente humana que lucha por un mundo mejor se halla presente Dios mismo, que desde el fondo impulsa al hombre a alcanzar su máxima realización. *"La presencia de Dios, su gloria y su gozo se realizan con más plenitud allí donde de modo más verdadero y auténtico se realiza nuestra humanidad"*⁴⁸.

Pero es gracias al misterio de la Encarnación del Logos Eterno que por tener un gran poder humanizador y liberador hace que nuestras obras humanas tengan sentido y un poder transformador al interior de la sociedad, de manera que las personas puedan descubrir en el testimonio de nuestras obras la presencia de Aquel que da sentido profundo a la historia humana.

De esta manera, toda acción auténticamente humana queda plenamente divinizada y marcada con la bendición de este Dios que nos ha salvado. Todo aquello que salvaguarde, perfeccione y humanice al mundo hace presente la gloria de Dios hasta tal punto que lo divino se desvela en la perfección de lo humano. Es así, como Dios ayuda al hombre a construir su Reino en la tierra. Pues, detrás de cada acción humana que construye y enriquece la vida se esconde aquella acción divina que dinamiza y santifica el obrar humano hasta que alcance su total y plena realización. En una palabra, Dios se halla totalmente encarnado y actúa en el obrar humano, *"se alegra en nuestras alegrías, lucha en nosotros y con nosotros contra*

⁴⁴ Ibid, p. 102.

⁴⁵ Cf. Espeja, Jesús, *Encarnación continuada en la herencia del Vaticano II*, Ed. San Esteban, Salamanca, 2007, p. 183.

⁴⁶ Cf. Ibid, p. 76.

⁴⁷ Cf. Espeja, Jesús, *Encarnación continuada en la herencia del Vaticano II*, op cit, p. 192.

⁴⁸ Torres Queiruga, Andrés, *Dios crea por amor*, op cit, p. 84.

nuestros fracasos”⁴⁹. Tan infinito es su amor que llega a sentirse profundamente afectado ante el fracaso y el sufrimiento de sus hijos.

Es verdad que Dios desea la felicidad pero a la vez hace suyo el sufrimiento de sus hijos. Por tanto el Dios de Jesucristo no es solamente el Dios de las alegrías y de los triunfos. Es un Dios que también se conmueve ante el dolor y el sufrimiento humanos. A él también llega a afectarle profundamente nuestras desgracias. Y es más, cuando todo parece oscuro, paradójicamente se hace aún más presente acompañándonos en nuestras crisis y penas. Lo malo que nos sucede nunca es permitido por Dios. Pues, todo aquello que nos deshumaniza se opone al proyecto de Dios, ya que solamente desea nuestra felicidad total.

Aunque no siempre en la vida salimos triunfando la derrota jamás será definitiva. Dios hace tan suyo el sufrimiento de sus criaturas que aún en nuestras derrotas “*Dios sale también derrotado en las derrotas del bien*”⁵⁰. Es decir, Dios es tan fiel que nos acompaña aún en el lugar del fracaso. Nos ama tanto que experimenta con nosotros el descenso a los infiernos, nunca nos abandona en el momento de la prueba y mucho más cuando nos visita el sufrimiento, la enfermedad, la miseria o cuando parece que toda esperanza se ha perdido.

Las cosas no pasan en vano, porque de todo esto Dios en su infinito amor y sabiduría tiene aguardado lo mejor para nosotros, porque “*la última palabra de nuestra existencia se llama salvación*”⁵¹. Y estamos seguros que cuando Dios está con nosotros todos nuestros fracasos y sufrimientos no son un absurdo. Al final, lo que parecía trágico llega a tener sentido y es ahí donde emerge el hombre nuevo que con una mirada esperanzadora vislumbra el destino humano en las manos de Dios.

2.2 Jesucristo culmen y plenitud de la trascendencia humana

2.2.1 Cristo se revela al hombre como el Misterio Absoluto

Si el Dios revelado en Jesucristo por puro amor ha sido capaz de plantar su tienda en el corazón del mundo es porque el hombre es capaz de Dios. Esto quiere decir que, el hombre está habitado por el deseo de Dios, está estructurado para encontrarse con él. Aunque el

⁴⁹ Ibid, p. 101.

⁵⁰ Ibid, p. 107.

⁵¹ Ibid, p. 105.

ateísmo niegue este deseo, sin embargo, la humanidad actual siente una profunda nostalgia de Dios, siente un gran vacío que solo Dios puede colmarlo y desbordarlo totalmente.

Este anhelo de Dios es ya un acto de salvación que predispone al hombre a salir de sí para ir al encuentro con el trascendente-inmanente. Dios es trascendente porque es el totalmente Otro⁵², el Misterio Absoluto que no puede ser reducido a una cosa o a una idea ya que, siempre será más de lo que pensamos y estará por encima de nuestras concepciones mentales. Pero es también inmanente porque actúa en lo más profundo del ser humano. Dios trasciende la historia humana pero la mueve desde lo más profundo de la realidad. Desde arriba y desde abajo Dios está presente en el mundo y actúa ante el hombre como el Misterio Absoluto como el radicalmente otro. Si el hombre puede trascender y tener la capacidad de salir de sí mismo para dirigirse a alguien distinto y superior a él⁵³ es porque Dios es el origen, la fuente y el culmen de la trascendencia humana.

Pero este Misterio absoluto no es el dios de los filósofos que permanece intocado frente a las angustias y los sufrimientos del hombre. Al contrario, es un Dios personal que se le revela al hombre como un Tú personal y con el cual es posible vivir una comunión de amor, un encuentro de salvación que transforma la existencia colmándola de sentido.

En una palabra, el hombre desde la fe llega a descubrir en el Misterio Absoluto al Dios que desde siempre nos ha amado y se halla plenamente implicado en la realidad existencial del hombre. Es el Dios eterno, vivo y verdadero que con sus palabras y acciones significativas ha destruido los lazos de la muerte y los poderes del mal que afligían a la humanidad. Este Dios no es un ser abstracto, pero sin dejar de ser divino es de carne y hueso, ha descendido a nuestra realidad, ha irrumpido en la historia humana para encarnarse con el único fin de llevar a término el designio salvífico del Padre. Por tanto, no tenemos más que un único salvador que se nos ha revelado en la persona de Jesucristo frente a quien los sin sentidos del hombre dejan de tener la última palabra.

⁵² Cfr, Vélez Correa, Jaime, S.J. *Al encuentro de Dios Filosofía de la Religión*, Celam (3ra edición), Bogotá, p. 74.

⁵³ Cfr, Frankl, Victor, *La voluntad de sentido*, Ed. Herder, Barcelona, 1991, p. 114.

La encarnación del Hijo de Dios ha revolucionado el sentido de la historia humana abriendo una luz de esperanza en este mundo, en la realidad de cada persona concreta. El Dios de Jesucristo no es sólo un Dios del ayer y del pasado, sigue actuando en la historia porque él es el Emmanuel “el Dios con nosotros” (Is 7, 14; Mt 1, 23) que está junto a nosotros en todo momento y nos impulsa cada día a instaurar el Reino de Dios en la tierra.

*“Por eso de él se puede decir que Cristo muerto y resucitado es la síntesis del sentido humano”*⁵⁴. El sínodo de los obispos meditando sobre la Palabra de Dios habla al pueblo creyente expresando categóricamente que:

Cristo es «la Palabra que está junto a Dios y es Dios», es «imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación» (Col 1, 15); pero también es Jesús de Nazaret, que camina por las calles de una provincia marginal del imperio romano, que habla una lengua local, que presenta los rasgos de un pueblo, el judío, y de su cultura. El Jesucristo real es, por tanto, carne frágil y mortal, es historia y humanidad, pero también es gloria, divinidad, misterio: Aquel que nos ha revelado el Dios que nadie ha visto jamás (cf. Jn 1, 18)⁵⁵.

Dicho de otra manera, en Jesús se integra la trascendencia y la immanencia, la divinidad y la humanidad, la grandeza y la pequeñez. El Infinito ha venido a morar en el corazón de lo finito, ha entrado en los límites del espacio y del tiempo para hacerse uno más, se humilló a tal extremo hasta hacerse nada para que el Padre de los cielos sea glorificado y cumpla su voluntad.

El Dios de Jesucristo es un Dios desconcertante que en su amor incomprensible se vació de sí mismo (kénosis) dejando de lado su condición divina (Flp 2, 6-8) para darse enteramente a los hombres y anunciar la salvación a todos los pueblos. La locura del amor ha hecho posible que la Encarnación sea un acontecimiento de salvación para toda la humanidad. Solamente alguien como el Dios de Jesucristo que tiene entrañas de misericordia ha sido capaz de dar su vida por todos nosotros.

Es que el amor solamente puede darse en una relación de iguales, en un encuentro de personas libres. Pero el verdadero amor que es fuente de vida se nos ha revelado en la persona y en el rostro de Jesús quien precisamente nos enseña que para alcanzar la estatura del hombre perfecto (Cf. Ef 4, 13) es preciso sentirnos amados por Dios para luego poder amar a los

⁵⁴ Boff, Leonardo, *El destino del Hombre y del mundo*, op cit, p. 31.

⁵⁵ *Mensaje al Pueblo de Dios del Sínodo de los Obispos sobre la Palabra de Dios*, N° 4, 2008.

hermanos. La clave para alcanzar una existencia auténtica y realizada radica justamente en la experiencia del amor.

Desde el amor y desde una vida entregada al servicio de los demás Jesucristo nos revela quién es el hombre. No con discursos teóricos sino con hechos concretos ha desvelado el misterio del hombre, no lo ha despojado de su carácter misterioso más bien lo ha engrandecido suscitando en el hombre la admiración y la acción de gracias. El misterio está para contemplarlo, llenarnos de gozo y no para reducirlo a nuestras categorías racionales. El Hijo de Dios sin dar una explicación definitiva ha llenado de luz al enigma humano y cuando todo es claridad cuando hemos hallado la verdad que nos hacía falta, todo lo demás tiene sentido, hasta los momentos más absurdos llegan a tener razón de ser.

En la pequeñez y en la debilidad de la carne de Cristo se nos ha revelado la omnipotencia de su amor, lo que él es en sí mismo. Por tanto, en nuestras luchas diarias en el camino de nuestra historia vamos acompañado por la presencia de Aquél que se ha humillado y que por eso mismo Dios lo ha exaltado y le ha concedido el nombre sobre todo nombre (cf Flp 2, 9). El Concilio Vaticano II en la Constitución Pastoral “Gaudium et Spes” afirma que:

El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejantes en todo a nosotros, excepto en el pecado⁵⁶.

En este sentido, “*es un hombre como nosotros, no una simple apariencia de Dios (docetismo)*”⁵⁷. Por eso, afirmamos que es el Hombre Perfecto que ha llevado a plenitud al género humano. La Encarnación es la prueba suprema del amor de Dios por la humanidad. Es más, en su existencia histórica Jesús amó profundamente la vida, la liberó de todo sistema agobiante y luchó abiertamente contra toda estructura de pecado que acabara con la vida humana. Vivió con plena libertad, pero también restauró la libertad del pueblo oprimido. Invitaba a la confianza en la providencia de Dios dejando de lado toda preocupación por el mismo hecho de que la vida es un don gratuito del Padre.

⁵⁶ Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, N° 22.

⁵⁷ Álvarez, Carlos CJM, *Una Mirada actual a los escritos del Nuevo Testamento*, Ed. Universidad Simón Bolívar, Barranquilla, 2011, p. 8.

Si el Dios de Jesucristo está en íntima relación con la historia y nuestra humanidad esto significa que no podemos seguir teniendo una concepción dualista del hombre y del mundo. Frente a concepciones dualistas y corrientes espirituales que desdeñan nuestra condición corporal y carnal. Nosotros afirmamos el valor único de nuestra dimensión corporal precisamente porque Jesús posee una estructura de humanidad, es un Dios de carne y hueso y por tanto la ha divinizado y la ha hecho partícipe del don supremo de la salvación. Así estamos frente a un Dios que ha asumido plenamente nuestra debilidad sin dejar de lado su divinidad. Es más, la plenitud de su divinidad nos lo reveló en su pequeñez, en la humildad y en el abajamiento.

Este es el Dios de Jesucristo un Dios personal que ha hecho suyo los problemas existenciales del hombre. Por eso, no tenemos más que un único Dios y Salvador Jesucristo el auténtico intérprete del ser humano, el Misterio Absoluto, el cual nos ha revelado la novedad absoluta de su amor en una vida entregada en función del Padre y de los demás.

2.2.2 Jesús, hombre para los demás y hombre para el Padre

Jesús piensa que la vida, en última instancia, es para amar y darse totalmente a los demás⁵⁸. En la medida que se entregaba iba descubriendo su vocación al amor en el servicio a los demás. Es así como tuvo sentido su vida y su misión, vino a la tierra con el único propósito de hacer la voluntad del Padre que era salvar al hombre herido y alienado por el pecado.

En todo momento vivió plenamente insertado en la sociedad de aquella época, siempre estuvo rodeado de toda clase de personas. Pero los pecadores eran su mejor compañía. En los evangelios aparece como un hombre abierto, sociable y que fácilmente convivió con toda clase de personas y “*en cierto sentido puede decirse que es un hombre mundanamente abierto*”⁵⁹.

Todo lo que hacía en favor de los necesitados lo hacía por puro amor y misericordia. Si el Dios que nos ha creado se siente profundamente afectado por las desgracias de sus hijos. Este mismo Dios ahora revelado en toda su plenitud en la persona de Jesús se siente

⁵⁸ González Ramírez, Javier, *En camino hacia la madurez humana*, Celam, Bogotá, 1998, p. 208.

⁵⁹ Kasper, Walter, *Jesús el Cristo*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1994, p.82.

profundamente preocupado por los diversos males que sufre la gente. De esta manera, va en busca del hombre herido para sanarlo, curarlo, le perdona los pecados, le hace partícipe de la salvación y finalmente le restituye su dignidad de persona.

Con su forma de actuar Jesús cambió profundamente el sentido de las relaciones humanas, pero al mismo tiempo, cambió nuestra manera de relacionarnos con Dios. Lo que revolucionó el sentido de las relaciones humanas fue la novedad absoluta del amor que destruye los muros del odio y de la violencia (Gal 3, 28) y nos vuelve a todos hermanos de un mismo Padre. Por tanto, el mandamiento nuevo del amor es Jesús mismo que hasta el día de hoy sigue cuestionando fuertemente a aquellas corrientes ideológicas. Cuando vivimos auténticamente este amor siempre saldremos en defensa del más débil y denunciaremos todo acto que atropelle su dignidad.

Pero Jesús piensa a la manera de Dios y nos invita a amar incluso a nuestros enemigos. He ahí lo más novedoso y desconcertante: “Habéis oído que se dijo: amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan” (Mt 5, 43). En otro pasaje del Evangelio también recalca: “Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os difamen. Al que te hiere en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite el manto no le niegues la túnica. A todo el que te pide da; y al que tome lo tuyo no se lo reclames. Y tratad a los hombres como queréis que ellos os traten” (Lc 6, 27-30). “Este es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros como yo os he amado” (Jn 15, 12).

En una palabra, el amor al prójimo es lo que nos hace plenamente humanos y nos vuelve semejantes a Dios. Si Dios nos ha dado la certeza de sentirnos amados por él, nos ha regalado la experiencia de un amor nuevo y liberador. De esta manera, amaremos a los demás no desde nuestros deseos caprichosos, sino con el mismo amor de Dios. Es un amor que se da gratuita y libremente sin buscar recompensas ni favoritismos.

Si queremos saber qué pensó Jesús acerca de la vida y cómo la encaró, el Evangelio nos responde que para Jesús la vida es para amar hasta el extremo, la encaró sirviendo a tal

punto que hasta tomó la condición de esclavo (Jn 13, 1-17). Para Jesús el sentido de una vida auténtica y que nos aproxima a la verdad del misterio humano radica en el encuentro y en la comunión verdadera con los demás sin importar la raza, etnia, religión, etc. Practicó perfectamente la alteridad y enseña a todo hombre que la clave para alcanzar la plena realización está en la capacidad de renunciar y de olvidarse a sí mismo para darse y perderse en los demás.

En el fondo es preciso llevar una vida “kenótica”, es necesario vaciarse de sí mismo para que yo sea en el otro y el otro sea en mí, y para que el amor salga de las profundidades del yo a fin de que alcance las profundidades del tú. Para René Latourelle:

El secreto de la persona humana está en Dios. Hacerse plenamente hombre y persona humana es encontrar a Dios, pero a su vez el verdadero encuentro con Dios, su verdadero rostro, es Jesucristo. En definitiva, la clave del problema de la alteridad, de los “otros”, está en Jesucristo que asume todos los valores de la persona humana, pero los eleva hasta hacer de nuestro encuentro con los “otros” un misterio de encuentro y de comunión con las personas divinas, en el encuentro con Cristo y con su Espíritu⁶⁰.

Este estilo de vida de Jesús como hombre perfecto para los demás ha trascendido toda la historia. En otras palabras, “*Jesús no ha vivido sólo para sus compatriotas y sus contemporáneos, sino para todos los hombres de todos los tiempos*”⁶¹. En efecto, Un signo claro de alcance universal es su muerte en la cruz que trascendió las barreras de su territorio hasta alcanzar a los hombres de todas las épocas y de todos los tiempos. La crucifixión fue la prueba suprema del amor de Dios.

En la comunión íntima con su Padre recibía toda la fuerza para cumplir su voluntad (Jn 4, 34) y ponerse al servicio de los hermanos. Su capacidad para relacionarse con los hombres nos revela la profundidad de su íntima relación con el Padre. “*Por consiguiente, en lo que Él es hombre por y para los hombres es en lo que Jesús ha vivido por y para el padre (cf. Jn 6, 57)*”⁶². Jesús vivió también en función del Padre y es más, nos enseñó una manera novedosa de dirigirnos a él que hace salir el sol sobre buenos y malos (Mt 5, 45), y siempre está dispuesto a escucharnos y a perdonarnos. El Hijo de Dios nos ha hecho partícipes de esta

⁶⁰ Latourelle, René, *El Hombre y sus problemas a la luz de Cristo*, Ed. Sígueme, Salamanca 1984, p. 297.

⁶¹ De Margerie, Bertrand, *Cristo Vida del Mundo*, Ed. Herder, Madrid, 1971, p. 126.

⁶² *Ibid*, p. 129.

filiación divina. Y san Pablo llega a decir que “la prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abba, Padre” (Gal 4, 4-6).

Solo el amor de Dios puede hacer posible en este mundo la civilización del sentido y del amor. “*No se trata de una ideología sino de una cosmovisión evangélica*”⁶³, que es capaz de oxigenar la existencia asfixiada del hombre actual marcado por el odio y el egoísmo. Este divino amor es el único que puede liberar al hombre de todas las ataduras del mal, hace florecer en él los valores del Evangelio para que sobreabunde la gracia y una vida colmada de sentido.

Pero nos queda el interrogante por comprender el por qué Jesucristo ha sido capaz de revolucionar el mundo y ha podido trascender a lo largo de los siglos dándole sentido a la historia humana? La respuesta nos conduce a afirmar que el Misterio de la Encarnación, como el hecho central de la fe cristiana, es el acontecimiento que ha dado respuesta y sentido al significado último de la existencia humana y de la Creación. La Encarnación nos habla de un Dios que por amor se hizo hombre, pero tiene la peculiaridad de que en su estructura ontológica posee una naturaleza divina y humana. Pues del ser de Cristo es de lo que ahora queremos hablar y profundizar.

2.3 La Encarnación como misterio de salvación que explica el sentido último de nuestra humanidad

2.3.1 El ser de Cristo

El acontecimiento único, central e irrepetible que se ha dado en la historia humana ha sido el misterio de la Encarnación, es decir, el Verbo se hizo carne. Se trata de un hecho supremamente sorprendente e inaudito, porque en las otras religiones fuera del cristianismo no encontraremos a una divinidad que posea esta característica. Es más, en aquellas religiones es quizás hasta inconcebible creer en un Dios que se haga mortal, se vuelva limitado y vulnerable. No aceptan a un Dios con estas cualidades y peor aún que haya sido asesinado por manos de hombres.

⁶³ Consejo Episcopal Latinoamericano (Celam), *Civilización del Amor Proyecto y Misión*, 2013, N° 240.

Es verdad que Dios se hizo carne haciéndose igual a nosotros en todo excepto en el pecado (Hb 4, 15), pero eso no quiere decir que haya abandonado su condición divina. Entonces ¿cómo podemos explicar que Jesús de Nazareth sea, al mismo tiempo, Dios y hombre?

Para adentrarnos en el ser de Cristo es preciso ir hasta los primeros siglos del cristianismo donde ahí se suscitaron grandes debates en torno a la naturaleza humana y divina del Verbo. Es en este contexto donde podremos obtener una respuesta a esta cuestión. Pero, cabe destacar que en esos tiempos, la Iglesia tuvo que recurrir a ciertos vocablos, tal es el caso del concepto de naturaleza (hypóstasis) y persona (prósopon)⁶⁴, para hablar de manera precisa y salvaguardar la realidad intrínseca de Cristo.

Pues bien, en los primeros siglos la Iglesia confesaba el misterio de la Encarnación. Sin embargo, fueron apareciendo ciertas herejías que comenzaron a cuestionar tanto la humanidad como la divinidad de Jesús. Tal es el caso de Arrio quien afirmó que Jesús era una simple criatura, comenzó a existir en el tiempo y por lo tanto no era eterno. También sostenía que no era verdadero hombre, porque no poseía alma y esta era sustituida por la unión con el Verbo⁶⁵. Frente a este problema se llevó a cabo el Concilio de Nicea (325) que proclamó y defendió la divinidad de Jesucristo, igual al Padre. Para expresar la divinidad de Jesús, el Concilio elaboró un nuevo vocablo denominado “consustancial”(homousios), que significa de la misma naturaleza y sustancia del Padre.

⁶⁴ Fernández, Aurelio, *Teología Dogmática I*, BAC, Madrid, 2012, pp. 265-266: Hasta alcanzar un sentido fijo (que, como se sabe, ha sido un proceso lento), los latinos traducían hypóstasis por “sustancia” y “naturaleza”, y prósopon por “persona”. El origen del término persona, en su sentido prístino, significaba máscara, o sea la careta que ponían los artistas para representar –personificar– el papel de un personaje determinado. Pero, pasado el tiempo, con el término persona se significaba al personaje mismo –¡se quitó la máscara!–, o sea, la persona misma del artista: esa voz del personaje concreto que per-sona, que suena tras la máscara, que se hace presente y brilla detrás de cada ser vivificado por el espíritu. Pues bien, distinguiendo entre los conceptos de naturaleza y de persona se llegó a explicar el ser humano-divino de Cristo como una única persona, la divina; y, a la vez, junto a la unicidad de la persona, la existencia de dos naturalezas: la divina, igual a Dios; y la humana, semejante a la de cualquier ser humano (menos en el pecado). Esa unión de las dos naturalezas en la persona de Cristo es lo que se ha denominado “unión hipostática” o unión en la persona.

⁶⁵ Ibid, p. 250. El mismo autor señala los puntos esenciales de esta formulación dogmática. Con lenguaje realista, afirma que es “Dios de Dios”, y con imagen oriental, que es “Luz de Luz” y en conclusión, es “Dios verdadero de Dios verdadero”. Que es “engendrado” como Hijo único de Dios. p. 251.

Posteriormente, con Nestorio apareció una nueva herejía. Pues él hace una separación de las dos naturalezas de Cristo que llegó a sostener que en él existían dos personas. Pero ello trajo como consecuencia que María no era Madre de Dios “theotókos”, sino solamente, Madre de Cristo, es decir, del hombre Jesús “Christotókos”. Frente a lo cual se llevó a cabo el Concilio de Éfeso (431) que destacó el título de “madre de Dios” “theotókos” a partir de la distinción de las dos naturalezas de Cristo en la unidad de su persona⁶⁶.

Tiempo después, aparece Eutiques con una nueva herejía llamada monofisismo, de una sola naturaleza, y sostenía que la naturaleza humana por estar unida a la naturaleza divina quedaba absorbida por esta. Frente a esto se realizó el Concilio de Calcedonia (451) que proclama la unión hipostática de las dos naturalezas en la única persona del Verbo. *“Con relación a los errores de Eutiques, explica la unión de las dos naturalezas con las cuatro conocidas calificaciones: “sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación””*⁶⁷.

Pero, el Concilio de Calcedonia no es solamente el punto de llegada, es más bien el punto de partida de nuevas profundizaciones y reflexiones en el que siempre se debe salvaguardar la verdad del ser de Cristo. Sabiendo lo complejo que representa este trabajo de reflexión, es necesario, según Aurelio Fernández, que *“cualquier nueva teoría cristológica que trate de acceder a la persona de Jesús tiene que garantizar estas tres verdades: a) Jesús de Nazaret es verdadero Dios. b) Jesús de Nazaret es verdadero hombre. c) la naturaleza divina y la naturaleza humana se dan en una única persona: la segunda Persona de la Trinidad, encarnada en el seno de María y nacida para nuestra salvación”*⁶⁸.

Por tanto, en términos de Calcedonia, en la Encarnación se articulan, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación, la naturaleza humana y divina en la única persona del Verbo. Cada una de las naturalezas tiene su propia singularidad e identidad *“y unidad en un sujeto responsable primero y último”*⁶⁹. No son dos realidades yuxtapuestas, ambas

⁶⁶ Cf, Ibid, p. 254.

⁶⁷ Ibid, p. 255.

⁶⁸ Ibid, p. 257.

⁶⁹ Espeja, Jesús, *Encarnación Continuada en la herencia del Vaticano II*, Ed. San Esteban, Salamanca, 2007, p. 170.

conforman una unidad, al igual que el cuerpo y el alma racional constituyen una unidad en el hombre. Por tanto, la humanidad de Jesús, a través de sus palabras y acciones significativas, manifiesta su divinidad.

El acto de la Encarnación no es un acto mitológico, Dios se encarna verdaderamente en Jesús de Nazaret en una persona concreta, con un nombre propio. Se encarna en un hombre de carne y hueso que tiene sangre, pellejo y entrañas, pero que también habla el idioma de su pueblo y tiene una familia propia.

Por eso, de ninguna manera, lo divino anula lo humano, ni la naturaleza humana disminuye lo divino. Esta afirmación es tan esencial porque salvaguarda la perfecta unidad de naturalezas en la persona del Logos de Dios y así rechazamos cualquier afirmación que sostenga que Jesucristo era una simple apariencia de hombre o que niegue su divinidad.

El que Dios haya llegado a ser hombre, nos revela en palabras de Karl Rahner que *“el inmutable en sí mismo, puede a su vez ser mutable en el otro”*⁷⁰. Dicho en otros términos, el Infinito, el Inalterable, en su eterna inmutabilidad, se ha vuelto finito, vulnerable, alterable, temporal. Para Dios llegar a ser aquello que no corresponde a su esencia divina *“no ha de pensarse como signo de su indigencia, sino como cumbre de su perfección”*⁷¹. De esta manera, el Logos encarnado nos revela definitivamente lo que Dios es en sí mismo. En su esencia es don de sí, y en este acto de entrega total y de renuncia a su poder se ha insertado en el mundo para hacer suyo la historia y el devenir lo otro.

Solamente Dios tiene el poder de *“darse hacia afuera, a lo no divino, y la de poder tener con ello realmente una historia propia en lo otro, pero como su propia historia”*⁷². De ahí, que la Encarnación le ha dado a la historia humana todo su sentido y significación. En la imagen del Logos Encarnado se desvela profundamente la identidad del hombre. Solamente en

⁷⁰ Rahner, Karl, *Curso Fundamental sobre la fe*, op cit, p. 262.

⁷¹ Ibid, p. 263.

⁷² Ibid, p. 264.

este único misterio divino el hombre encuentra una explicación última y definitiva al misterio de su persona.

Además, si Dios se ha hecho carne es porque la naturaleza humana en su estructura ontológica es una estructura abierta a lo infinito y por ende, tiene la capacidad para acoger lo divino. Dicho de otra manera, la Encarnación viene a responder al deseo que el hombre tiene desde siempre de alcanzar lo divino, de hacer realidad su sueño de ser eterno e inmortal. Por todo esto, la naturaleza humana lleva el reflejo de lo divino, tanto es así, que es expresión real del Verbo de Dios, así como Cristo es la imagen, la expresión visible del Padre.

Entonces, si la humanidad ha sido asumida por la Encarnación del Logos, esto vale también para la Creación. Es decir, si Dios tenía el deseo de venir a residir en este mundo, es por esta razón que ha sido posible la Creación, mejor dicho, la Encarnación explica el sentido de la Creación, en ella hay una dimensión Crística. De ahí, que la Encarnación no es algo que a Dios se le ocurrió a última hora para reparar el pecado cometido por el hombre.

Por tanto, este misterio de fe es el centro que ilumina y da sentido a todo cuanto existe. Es en este acontecimiento divino donde el hombre encuentra el sentido último a su existencia humana, ahí encuentra una razón válida, profunda e indestructible para hacer realidad sus anhelos y deseos de infinitud. Por último no podemos olvidar que la Encarnación del Logos no es sólo el nacimiento sino que abarca toda su existencia hasta su ascensión al Padre.

2.3.2 Jesucristo, Salvador Universal

Si el misterio de la Encarnación, como centro constitutivo, ha cambiado profundamente el sentido de la historia es porque tiene un dinamismo liberador y humanizador. De ahí, que es posible hablar de salvación, porque la Encarnación es en el fondo un acto de salvación. En este misterio el hombre no solamente descubre el sentido último de su vida sino que también es liberado del pecado y de toda fuerza alienante.

Por tanto, la Encarnación nos revela que la salvación es una realidad presente, es una fuerza divina que atraviesa la creación. Pero también nos dice que, más allá de las limitaciones y males que afectan al hombre, el destino de la historia humana está en manos de Dios. Por esta razón, la historia profana es también historia de salvación. En ella podemos contemplar la intervención de Dios no sólo en los acontecimientos, sino también en la vida de cada persona en particular.

La salvación a través de la Encarnación no nos habla de un dios lejano que habita detrás de las nubes. Más bien, nos presenta a un Dios vivo y verdadero que trabaja sin cesar implicándose profundamente en la realidad humana para llevarla hacia su plena realización y liberación integral. La salvación es justamente eso, ya que supone el desarrollo de cada persona como imagen de Dios hasta alcanzar su plena humanización. Así explica el significado de salvación el P. Jesús Espeja:

Entendemos por salvación no sólo un más allá de la muerte, que aseguramos librándonos del pecado mientras vamos de camino; la historia sería sólo como el tiempo de la prueba. Pero salvación significa la plena humanización entendida como un proceso que ya comienza y se fragua mientras caminamos en el tiempo. Esta humanización, desde el Evangelio, se garantiza en la relación de intimidad con Dios que desde dentro nos trabaja para que seamos responsables ante la humanidad y en la gestión de la historia⁷³.

Sin embargo, fuera de la salvación y del único Salvador, el hombre experimenta liberaciones parciales y tendrá un camino difícil en la búsqueda de la verdad. Si la Encarnación se ha dado única y definitivamente en Jesucristo así como también la Salvación. Eso significa que Jesucristo único mediador y salvador absoluto y universal. No es uno más de los tantos caminos y propuestas de salvación que han proliferado en el mundo actual.

Que Dios se haya hecho hombre no significa que su divinidad quedó disminuida y que sus palabras y acciones de poder carezcan de sentido e importancia. Al contrario, todo lo acontecido en la vida histórica de Jesús de Nazaret en íntima unión con el Verbo Encarnado tienen un significado singular y un sentido profundo salvífico universal. Así confiesa la declaración Dominus Iesus cuando afirma:

⁷³ Espeja, Jesús, *Encarnación Continuada en la herencia del Vaticano II*, op cit, 174.

Por lo tanto, las palabras, las obras y la totalidad del evento histórico de Jesús, aun siendo limitados en cuanto realidades humanas, sin embargo, tienen como fuente la Persona divina del Verbo encarnado, « verdadero Dios y verdadero hombre » y por eso llevan en sí la definitividad y la plenitud de la revelación de las vías salvíficas de Dios, aunque la profundidad del misterio divino en sí mismo siga siendo trascendente e inagotable. La verdad sobre Dios no es abolida o reducida porque sea dicha en lenguaje humano. Ella, en cambio, sigue siendo única, plena y completa porque quien habla y actúa es el Hijo de Dios encarnado⁷⁴.

Por tanto, Jesús no es un dios más ni tampoco una figura complementaria a lado de otras divinidades paganas. El Dios revelado en Jesucristo posee una singularidad única, absoluta que ninguna ideología y confesión religiosa fuera de la cristiana puede relativizar. Jesucristo es el mediador único y el salvador absoluto, y su originalidad radica en el misterio de la Encarnación:

Con la encarnación, todas las acciones salvíficas del Verbo de Dios, se hacen siempre en unión con la naturaleza humana que él ha asumido para la salvación de todos los hombres. El único sujeto que obra en las dos naturalezas, divina y humana, es la única persona del Verbo⁷⁵.

Por tanto, Dios se ha comunicado a los hombres en la sagrada humanidad del Verbo. Por eso, Jesucristo no es una fuerza inmanente que se pierde en el universo de fuerzas divinas que muchas personas adoran y rinden culto. Es con toda propiedad un Dios personal, verdadero Dios y verdadero hombre, quien por amor ha inaugurado la salvación, el tiempo de Dios en el corazón de la humanidad. Este don gratuito de la gracia divina está presente incluso de manera implícita en las otras religiones y aún en los no creyentes. Por tanto, estos ámbitos no están exentos de la salvación de Cristo. El Concilio Vaticano II en la Declaración “*Nostra Aetate*” afirma que:

La Iglesia católica no rechaza nada de lo que en estas religiones es verdadero y santo. Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas que, aunque discrepen en varios de los puntos que ella mantiene y propone, sin embargo, no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres⁷⁶.

De esta forma, la Iglesia valora positivamente los elementos de verdad y de bondad que se encuentran en cada una de estas confesiones religiosas. Todo lo bueno y verdadero que

⁷⁴ Congregación para la Doctrina de la Fe, *Dominus Iesus*: sobre la unicidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y la Iglesia, 2000. N° 6.

⁷⁵ *Dominus Iesus*, N° 10.

⁷⁶ Concilio Vaticano II, *Declaración Nostra Aetate*, N° 2.

hay en ellas, de alguna manera, coopera en la única mediación de Cristo. En este sentido, la gracia de Dios, aunque no de manera plena, pero sí de algún modo opera aportando la salvación a las personas de otras confesiones. Esta gracia divina llega a estas personas “*por caminos que sólo Dios sabe*”⁷⁷.

En todo caso, la única y verdadera salvación ha tenido lugar en la Encarnación del Verbo de Dios, nuestro único y absoluto salvador. Cada hombre y mujer de otra confesión ante el deseo de conquistar la verdad y de alcanzar lo divino, solamente en Cristo Jesús encuentra la plenitud, la respuesta última a estos profundos deseos de búsqueda, solo en él descubren la grandeza de su vocación y experimentan la cercanía y el amor de un Dios personal que ha venido a salvarlos. En definitiva:

Jesucristo tiene, para el género humano y su historia, un significado y un valor singular y único, sólo de él propio, exclusivo, universal y absoluto. Jesús es, en efecto, el Verbo de Dios hecho hombre para la salvación de todos. Recogiendo esta conciencia de fe, el Concilio Vaticano II enseña: El Verbo de Dios, por quien todo fue hecho, se encarnó para que, Hombre perfecto, salvara a todos y recapitulara todas las cosas. El Señor es el fin de la historia humana, “punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización”, centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones (...) Es precisamente esta singularidad única de Cristo la que le confiere un significado absoluto y universal, por lo cual, mientras está en la historia, es el centro y el fin de la misma: “Yo soy el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin” (Ap 22,13)⁷⁸.

⁷⁷ Concilio Vaticano II, Decreto *Ad Gentes*, N° 7.

⁷⁸ Dominus Iesus, N° 15.

CAPÍTULO III

JESUCRISTO PLENITUD DE SENTIDO FRENTE A LOS PROBLEMAS DEL HOMBRE

3.1 Anunciar a Jesucristo como respuesta a los problemas de la humanidad

3.1.1 Realidad del sentido de la vida en el contexto del mundo actual

A pesar de todo lo que hemos afirmado hasta ahora acerca de como Jesucristo a través del misterio de la Encarnación constituye el sentido último de la existencia, la clave fundamental que descifra e interpreta el significado de la historia humana. Es necesario preguntarnos si esto en verdad tiene sentido para millones de seres humanos que viven con lo poco y luchan diariamente para ganarse la vida

Más aun ¿cómo presentar a Jesucristo como aquel que da sentido a nuestra existencia a quienes piensan que todo es superficial y puro espejismo? ¿Cómo proclamar el sentido de la vida allí donde la dignidad y los derechos de muchos son pisoteados, allí donde impera la cultura de la muerte?, ¿de qué Dios debemos hablar a los hombres de este tiempo?

El hombre de ahora está cansando de seguir creyendo en un dios apático que niega la libertad humana y que manda innumerables pruebas para ver si le amamos. No quiere seguir creyendo en este dios que solo premia a los buenos a los que hacen méritos y castiga a los malos y peor aún, no promete la felicidad sino que propone el sufrimiento como camino para ir al cielo. Es más, ya no convence la imagen del dios como el gran arquitecto del universo o del dios deísta que está situado detrás de las nubes “*como el relojero que puso en marcha la máquina y la deja que funcione por su cuenta*”⁷⁹.

Esta es una prueba de cuantas veces hemos manipulado la imagen de Dios a nuestra medida. Y más que hablar del Dios del Evangelio, muchas veces hablamos de un dios fabricado según nuestra imaginación, o de un dios que es producto de nuestros intereses y necesidades. Siempre estamos expuestos a la tentación de hablar de un dios demasiado idealizado que no tiene nada que ver con la realidad del hombre sufriente.

⁷⁹ Espeja, Jesús, *Encarnación Continuada en la herencia del Vaticano II*, op cit, p. 228.

Sin embargo, la nostalgia de Dios que siente el hombre actual nos dice que el mundo aún no lo ha rechazado del todo. En este sentido hay un anhelo de Dios. Tanto los jóvenes, adultos y ancianos sienten una profunda añoranza de encontrarse no con el dios justiciero y vengativo que les infundieron desde pequeños, sino con el Dios de Jesucristo, con el Dios que nos presenta los Evangelios: un Dios que ama entrañablemente, que es misericordioso, perdona siempre y da sentido a la vida.

Pero, resulta que en la sociedad actual han proliferado un sin número de corrientes espirituales y ritos orientales que no son compatibles con la fe cristiana. De esta manera, las personas caen fácilmente en un sincretismo religioso, y toman estas nuevas formas religiosas como una vía de escape a sus problemas de estrés, de depresión y de ansiedad para ponerse en contacto con una energía cósmica impersonal, y cada vez les atrae más la idea de la reencarnación:

Hoy es más atrayente seguir los profetas del oriente lejano con sus teorías de trasmigración de las almas, y que responden al problema del sufrimiento, del mal; hoy es más atrayente seguir los profetas del occidente que le dan culto a los poderes de la mente capaz de solucionar todo; hoy el cristianismo es una opción más de las tantas que cualquier persona puede encontrar en la aldea global, pues el mundo está reencantado por nuevas ofertas religiosas, entre ellas la magia⁸⁰.

Además, en la sociedad marcada por el consumismo y el hedonismo que promueven productos artificiales para satisfacer los bajos instintos y los placeres carnales, se da el fenómeno de ver cómo la sociedad actual a veces absolutiza lo relativo, diviniza y endiosa lo que es superfluo y banal. Un ejemplo de ello es ver cómo en la actualidad se está imponiendo la tendencia de dar un culto escondido y exagerado al cuerpo, a la imagen personal. Con ello, hemos dado lugar a la cultura de las apariencias, solamente se valora lo exterior y lo artificial, la persona vale no por lo que es sino por lo que aparenta. Es así como han proliferado en el corazón del ser humano los pseudos-ídolos que han hecho del hombre esclavo de sí mismo, víctima de sus deseos alienantes. Según Juan Arias:

Hoy los ídolos y las divinidades del hombre moderno no son estatuas de oro y de plata como en Atenas, en tiempo de Pablo. Pero el hombre moderno que se va descubriendo ateo

⁸⁰ García, Saúl Ernesto, *Vivir en la donación del ser*, Ed. Paulinas, Bogotá, 2005, p. 24

masivamente no ha sabido librarse de los ídolos. Y sigue adorándolos. Quizás no con un culto religioso pero sí con el corazón, con el deseo, con la angustia y el ansia de poseerlos⁸¹.

El hombre se ha llenado de estas divinidades que en su corazón ya no hay un lugar para Dios. Pero, resulta que estas divinidades, con el paso del tiempo, han resultado ser destructoras, porque en lugar de humanizarlo lo han deshumanizado, lo han empobrecido existencialmente. Cuántas veces los sistemas ideológicos han tratado de silenciar la voz de Dios. Cuántas veces hemos sido testigos que una sociedad construida al margen de Dios en lugar de progresar en el amor, en lo espiritual, en lo humano, en una vida llena de sentido, ha progresado en el egoísmo, en el individualismo, en el relativismo, en la cultura del sin sentido y de la muerte. Más que un progreso, el hombre ha vivido un gran retroceso. Por eso, los corazones de millones de personas sienten un profundo anhelo de Dios:

Según Nietzsche, el hombre moderno mató a Dios en su conciencia y se gloria de ser su asesino, pero a la vez él mismo presiente una nostalgia, un despertar o un regreso muy significativo, ya que el Dios, cuya existencia, la modernidad no pudo demostrar científicamente y que los maestros de la sospecha quisieron “enterrar”, no ha muerto del todo en la conciencia posmoderna⁸².

Por lo visto, el hombre de hoy no sólo sufre la ausencia de Dios sino que también es víctima de las pseudos ofertas religiosas. El hombre hoy es testigo de cómo es difícil alcanzar algo duradero y consistente, la felicidad es pasajera, es difícil que algo perdure porque todo se devalúa y se diluye rápidamente. Estamos viviendo tan aceleradamente que muchas veces caemos en un activismo superficial que a la larga ahoga la creatividad, la capacidad para detenernos y reflexionar nuestra vida interior.

De esta manera, el mundo no sólo siente la escasez de personas que marquen la diferencia, sino también de cristianos auténticos que con su testimonio genuino de presentar el amor de Dios despierten las conciencias y toquen los corazones de tantas personas.

El desafío radica en como llenar de sentido a un mundo que lentamente va perdiendo la esperanza. Una cosa es decir que Dios se ha encarnado y que representa el sentido último de

⁸¹ Arias, Juan, *El Dios en quien no Creo*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1975, p. 224. Sobre este tema el mismo autor afirma que: hoy el ateo moderno sigue adorando igualmente como a dioses un sinfín de realidades terrestres convertidas en ídolos: el dinero, el poder, la técnica, el bienestar, el lujo, la sexualidad, la salud, la independencia, etc. Y el pecado no radica en que estas cosas sean malas sino en que las idolatra, las absolutiza y es capaz de arrodillarse ante ellas, de divinizarlas hasta el punto de tener siempre el incienso encendido para ofrecérselo, p. 224.

⁸² Vélez Correa, Jaime, *Evangelizar la postmodernidad desde América Latina*. Bogotá, 2000, p. 36

todo cuanto existe, pero otra es vivirlo real y auténticamente en la propia existencia, de manera que así, la gente reconozca que es posible creer en este Dios novedoso y viviente. Solamente podemos anunciar a Dios en la medida que lo vivamos. El Beato Pablo VI en la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* interpeló a los creyentes con estos interrogantes: “¿Creéis verdaderamente en lo que anunciáis? ¿Vivís lo que creéis? ¿Predicáis verdaderamente lo que vivís?”⁸³”

3.1.2 Anunciar al Dios revelado en Jesucristo como la buena noticia a los problemas del hombre

Para que el anuncio de Cristo sea realmente una buena noticia que llene de sentido, de alegría y esperanza a los hombres es preciso que quienes proclaman el mensaje de Cristo al interior de la Iglesia purifiquen y modifiquen su imagen de Dios. Hay que contemplar al Dios hecho hombre que aparece en los Evangelios que, con sus palabras y hechos salvíficos, ha revolucionado el mundo instaurando su Reino de amor entre nosotros. Tenemos que anunciar a este Dios que desea la felicidad y quiere la vida en plenitud para cada ser humano.

Parece fácil, pero en la práctica nos cuesta, porque siempre tenemos la tentación de querer imponer al dios hecho a nuestra medida dejando a un lado a Jesucristo que es un Dios cercano, cálido, familiar, amigo de los pobres y pecadores. Y ahí radica la gloria de Dios porque ha venido a traer vida pero vida en abundancia (Jn 10, 10). Este es el Dios que quiere sentarse a la mesa para compartirles a los hombres el misterio de su amor. Los millones de seres humanos no esperan a un dios implacable y colérico, sino a un Dios que tenga misericordia y cure las heridas de la humanidad:

El mundo exige y espera de nosotros sencillez de vida, espíritu de oración, caridad para con todos, especialmente para los pequeños y los pobres, obediencia y humildad, desapego de sí mismos y renuncia. Sin esta marca de santidad, nuestra palabra difícilmente abrirá brecha en el corazón de los hombres de este tiempo. Corre el riesgo de hacerse vana e infecunda⁸⁴.

En este sentido, cada creyente sólo puede ofrecer un mensaje de liberación en la medida que ella misma lo haya vivido, porque justamente lo que da sentido a nuestra vida es porque anunciamos algo que hemos experimentado y ha cambiado profundamente nuestra

⁸³ Pablo VI, Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, 1975.

⁸⁴ *Ibid*, N° 76.

existencia. Solamente cuando los miembros del Cuerpo de Cristo han experimentado su presencia salvífica y liberadora la Iglesia se convierte auténticamente en sacramento visible del amor misericordioso de Dios en el mundo.

Este Dios encarnado que ha resucitado y que nos impulsa desde lo profundo hacia la plenitud de la vida hace que todos los momentos de nuestra vida personal y todas nuestras acciones cobren sentido. Así cuando nos encontremos frente a personas que viven agobiadas y llenas de sufrimiento por tantos problemas a causa de una enfermedad, la pérdida de un empleo, la pérdida de un ser querido, la crisis matrimonial, las incomprendiones en un hogar, el fracaso de un proyecto, ser víctima de abusos y esclavos de los vicios, etc; de alguna manera, la palabra que pronunciamos y el acto que realicemos en bien de estas personas, arraigados en Cristo que se hizo hombre y nos ha salvado, tendrán un gran poder liberador y humanizador.

En esas realidades donde la vida tiene poco sentido, sólo Dios a través de nuestra mediación puede dar aliento y consuelo y es capaz de devolverles a esas personas la esperanza aun cuando las cosas al final no salieron como esperaban. Pero la única certeza que nos queda, es que en los momentos más críticos y oscuros de la vida, Dios en su eterna fidelidad siempre estuvo ahí con nosotros salvándonos y sosteniéndonos con su amor de una manera misteriosa.

En definitiva, cuando cambia nuestra imagen de Dios también cambia nuestra imagen del hombre y comenzamos a tener una mirada positiva del mundo. Decir que Dios se ha encarnado es descubrir la realidad continua de este misterio presente en el tiempo. Las semillas del Verbo esparcidas en el campo del mundo nos revelan a un Dios que también nos habla a través de los signos de los tiempos.

El grito de las víctimas a causa de la injusticia y del pecado es también el grito de Dios que debe resonar en nuestros oídos. Por tanto, es preciso descubrir el paso y la presencia salvadora de Dios en los acontecimientos humanos, aun en aquellas realidades donde tantas personas han perdido el rumbo y son víctimas de sus propias alienaciones, porque donde abunda el pecado siempre abundará la gracia de Dios (Rom 5, 20):

Si el mundo –todas las realidades y acontecimientos- es criatura, en él Dios se encuentra presente. Si en la Encarnación el Hijo se ha unido en cierto modo a todo ser humano,

y Jesucristo “recapitula”, da sentido nuevo a toda la creación, hay fundamento para mirar y descubrir la dimensión teologal de todas las personas y de todos los acontecimientos⁸⁵.

Cuando en verdad experimentamos que Jesucristo por su encarnación, muerte y resurrección es el sentido y la razón de nuestra existencia no solamente es algo que nos llena de alegría, sino que eso también nos impulsa a ser responsables frente al otro. La Encarnación como misterio de salvación es también compromiso frente al mundo asumiendo la causa del otro así como Dios ha asumido nuestra humanidad, “*pues la gloria de Dios es que los seres humanos puedan vivir y ser felices*”⁸⁶.

Contemplando el mundo desde el misterio de la Encarnación podremos “*llevar a los hombres a descubrir su capacidad de conocer la verdad y su anhelo de un sentido último y definitivo de la existencia*”⁸⁷. Pero uno de los adversarios más grandes que tiene que afrontar el hombre a diario en su lucha por alcanzar la felicidad y la realización plena es el problema del mal en el mundo. El cristiano que cree y anuncia al Dios encarnado en Jesucristo como origen, centro y fin último de la historia humana también tiene algo que decir a este gran problema que afecta a la humanidad.

3.2 Ser don de sí a imagen del Logos Encarnado en un mundo afectado por el mal

3.2.1 Afirmar el sentido de la vida frente al misterio del mal

Si hemos dicho que el Dios de Jesucristo es un Dios que promueve la vida y busca la realización plena del hombre. El mal es justamente aquello que se opone al plan salvífico y creador de Dios. Si bien es cierto que el Dios hecho hombre es buena noticia para el mundo. Sin embargo, podemos descubrir que al interior de muchas sociedades las guerras, las discordias, divisiones y discriminaciones son el pan de cada día. La injusticia, la corrupción, la ambición, el hambre de poder, el egoísmo nocivo, el odio, los deseos de venganza, la hipocresía, las alienaciones que oprimen a muchas personas, nos hablan de cómo la humanidad se encuentra lacerada por el mal. La Constitución Pastoral “*Gaudium et Spes*”

⁸⁵ Espeja, Jesús, *Encarnación Continuada en la herencia del Vaticano II*, op cit, p. 191.

⁸⁶ Ibid, p. 192.

⁸⁷ Ibid, p. 197.

sostiene que “*el hombre cuando examina su corazón, comprueba su inclinación al mal y se siente anegado por muchos males, que no pueden tener origen en su santo Creador*”⁸⁸.

El mal es un misterio y una realidad que afecta profundamente al hombre y lo ha acompañado desde los orígenes de la humanidad hasta el día de hoy. Es un misterio que escapa a toda explicación humana. Es un mundo oscuro y enigmático que es capaz de afectar al sentido de la vida y de poner en duda la existencia y el poder mismo de Dios. Pero es también un irracional absoluto, un sin sentido absoluto. Es un hecho real que a todos nos afecta consciente e inconscientemente.

El mal es aquello que no estaba previsto dentro del plan creador de Dios. Es más, surge de manera imprevista sorprendiendo al hombre y a toda la Creación. Por tanto, el origen del mal no hay que buscarlo ni de lado de Dios ni de lado del hombre. El mal solo tiene un único responsable: el demonio-serpiente. De ahí que afirmemos que el hombre no es el origen ni la causa del mal, otra cosa es que hemos consentido. Pero, queda claro que el hombre no es culpable sino víctima.

De todas maneras, el mal nunca ha sido permitido por Dios ni para probar y tampoco para castigar al hombre, el mal es justamente lo que Dios no quiere. Dominique Morin insiste que: “*El mal, sea el que fuere, es siempre un mal y jamás es querido por Dios. Todos los teólogos y filósofos cristianos están hoy prácticamente de acuerdo en afirmarlo con toda claridad*”⁸⁹.

Si el mal es una desgracia, un irracional absoluto, de ninguna manera puede ser justificado bajo ningún concepto. Porque si lo justificamos bajo el discurso de la filosofía y teología que pretenda darle una explicación definitiva. El mal dejaría de ser algo que escandaliza y sorprenda. Dejaría de ser un misterio frente al cual el hombre ya no quedaría desconcertado y ya no tomaría acciones drásticas frente a él. Es más, ya no se distinguiría del bien porque ha dejado de ser una realidad maléfica. Por esta razón, todo intento de justificación que solamente aumenta el poder del mal y vuelve al hombre cómplice, debe ser

⁸⁸ Concilio Vaticano II, Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, N ° 13.

⁸⁹ Morin, Dominique, *Para Decir Dios*, Ed. Verbo Divino, Pamplona, 1990, p. 128.

absolutamente rechazada. Cualquier argumentación sobre el mal es caer en su trampa y nos hace pensar que ya todo está dicho.

Al mismo tiempo, el mal es una fuerza oscura que se agazapa en la sociedad y en la vida de cada hombre. Tiene tal repercusión en la vida social que adquiere una estructura concreta como producto de los pecados personales. Y cuando esto ocurre surge algo cualitativamente distinto: *“las estructuras de pecado se levantan frente a nosotros como un poder extraño que nos lleva adonde quizá no querríamos ir”*⁹⁰. Se cierne sobre la sociedad como una fuerza alienante que desorienta la vida de cada persona de su fin verdadero, nos hace vivir otra cosa de lo que somos. En una palabra, nos sitúa en el lugar equivocado. Estas estructuras de pecado que alienan y deshumanizan al hombre que no respetan y defienden la vida es lo que ha dado lugar a la cultura de la muerte:

La cultura de la muerte es aquella que nace de la ruptura de la contemplación con Dios, con el rostro de Cristo. Esta cultura liberada de la relación y la dependencia de Dios (don que mueve al don), deja de ser don, se olvida de que al hombre se ha “confiado el don”, deja de vigilar el don; y comienza a escuchar y a contemplar el rostro de aquel que no ha querido ser don: el demonio. La cultura de la muerte es aquella que ha eliminado en la vida de las personas la conciencia del don de sí, por eso en las personas se ve odio, venganza, desprecio, cálculo, frialdad⁹¹.

Por eso, en esta cultura de la muerte han aparecido verdaderos agentes de muerte que han creado estructuras de iniquidad en contra de la vida, piensan que pueden disponer la vida de los demás a su antojo y utilizarlos para sus intereses perniciosos. Eso no significa que hay que eliminar a estas personas, y de ninguna manera debemos proceder de esa manera, porque quizás ellas son las primeras víctimas del mal.

Lo que tenemos que hacer no es buscar al culpable sino la solución. Si vamos a los Evangelios vemos a Jesús combatiendo y venciendo al mal, pero jamás atribuye la causa del mal al hombre. Es lo que podemos comprobar cuando el Maestro se encuentra con el ciego de nacimiento y sus discípulos le preguntan: “Rabbi ¿quién pecó, él o sus padres, para que haya nacido ciego?” Respondió Jesús: “Ni él pecó ni sus padres; es para que se manifiesten en él las obras de Dios” (Jn 9, 1-3). En otro pasaje del mismo Evangelio, Jesús frente a la mujer

⁹⁰ González Carvajal, Luis, *Ésta es nuestra Fe*, Ed. Sal Terrae, Santander, 1998, p 27.

⁹¹ García, Saúl Ernesto, *Vivir en la donación del ser*, op cit, p. 81.

adúltera le pregunta: “Mujer, ¿dónde están? ¿nadie te ha condenado?”. Ella respondió: “Nadie, Señor”. Jesús replicó: “tampoco yo te condeno. Vete y no vuelvas a pecar” (Jn 8, 10). Entonces, Dios nunca condena y jamás buscará culpables, solamente responde con amor para que su gloria se manifieste liberando al hombre.

Pero también nos revela que Dios es el primero que está de lado de las víctimas, a él también le afecta profundamente el mal. En una palabra, “*la primera víctima del pecado es Cristo*”⁹², puesto que:

Sufre en su propia carne los efectos perversos de la soberbia, de la avaricia, de la mentira, del poder, pero a la hora de la verdad responde con amor: “yo he vencido al mundo”. Esa victoria es de Dios mismo: en el acontecimiento de Jesucristo, el mundo ha sido liberado de las fuerzas malignas, y se “transforma según el propósito divino hasta llegar a su consumación (GS, 2)”⁹³.

Solamente en Jesucristo, el Dios con nosotros, nuestra lucha y victoria sobre el mal tiene sentido. Además si queremos seguir construyendo el sentido de la vida en un mundo afectado por el mal no podemos olvidar que cada persona lleva interiormente un inviolable y en su rostro porta el letrero: “no matarás”⁹⁴.

A las preguntas del hombre sobre el misterio del mal, Jesucristo Verbo de Dios encarnado responde con la omnipotencia de su amor desarmando el odio⁹⁵ en la entrega de su vida en la cruz. Solamente en el encuentro con este Dios que se humilló y ofreció encontraremos una respuesta al enigma del mal y sólo así el amor llega a triunfar sobre el odio.

Con todo, es necesario encontrarnos auténticamente con el amor de Cristo para que así nos despoje de nuestra autosuficiencia, de nuestra hipocresía y egoísmo, de manera que así abramos los ojos para aceptar y acoger al otro que tiene un rostro concreto. Pues, a través del rostro se manifiesta la persona con sus alegrías y tristezas, con sus triunfos y fracasos, con sus miedos y temores, con sus sueños y anhelos. Pues a veces en ese rostro sufriente y angustiado,

⁹² Latourelle, René, *El Hombre y sus problemas a la Luz de Cristo*, op cit, p. 350.

⁹³ Jesús, Espeja, *Encarnación Continuada en la herencia del Vaticano II*, op cit, p. 183.

⁹⁴ Cf, Ibid, p. 244.

⁹⁵ Cf, Latourelle, René, *El Hombre y sus problemas a la Luz de Cristo*, op cit, p. 351.

en ese rostro con sus gemidos profundos se revela también el rostro de Cristo sufriente. Por tanto:

El que viene a mí, el que se me acerca, el que sufre es un obsequio de Dios que se me confía a mi libertad. La vida es don de Dios, y especialmente el que sufre me recuerda la cruz del Calvario, me recuerda a Cristo, que estoy frente a Cristo hoy que sufre y estoy invitado a estar con Él, permanecer con Él⁹⁶.

3.2.2 Sacrificar el ídolo para venerar un rostro sagrado

Si la creación, la historia y la existencia humana tienen un sentido divino es porque Dios es don de sí, se ha donado totalmente, ha renunciado a su poder hasta el punto de que en el misterio salvífico de su Encarnación nos ha mostrado hasta donde es capaz de llegar su amor. En este sentido, en la naturaleza de cada persona está inscrita esta capacidad divina de ser don de sí para los demás.

Pero a causa del mal, de las estructuras del pecado que pululan en el ambiente de la sociedad, los hombres de hoy sufrimos la enfermedad y la parálisis del no-don. Si no podemos entregarnos de corazón para ayudar a los otros, si tenemos miedo de poner nuestras manos en las llagas de aquella persona que se ha equivocado es porque en nuestro corazón hay uno o varios ídolos que debemos sacrificar. Entonces si queremos liberarnos de la parálisis del no-don es imprescindible sacrificar lo que más amamos e inconscientemente idolatramos.

Dios mismo nos pregunta ¿quién vale más en tu vida yo y el hombre sufriente o tú ídolo personal?, ¿cuál es tu primer amor, cuál es tu verdadera seguridad?, ¿qué lugar ocupó en tu vida? Dios nos pide sacrificar el ídolo que llevamos en nuestro interior, y sobre todo, nos pide que lo sacrifiquemos en nuestro corazón. El sacrificio es una verdadera prueba, porque es ahí donde Dios nos desafía a decidimos por él y los demás o por nuestros ídolos y falsos absolutos fabricados a nuestra medida:

La prueba a la que somos sometidos es la de sacrificar lo que más amamos idolátricamente, esto es, en donde hemos puesto nuestra vida, nuestra felicidad equivocadamente y que no nos deja donar. Donarse es sacrificar algo de sí, lo más amado. Por eso, el que se dona sacrifica algo como Abraham que fue capaz de sacrificar en su corazón lo que más amaba: su hijo Isaac, pues se abandonó en Yahveh. Donarse es sacrificar el “Isaac”

⁹⁶ García, Saúl Ernesto, *Vivir en la donación del ser*, op cit, p. 74.

que todos llevamos dentro. Sólo sacrificando nuestros proyectos, nuestros ídolos, nuestras falsas seguridades, podemos ver que Dios provee⁹⁷.

Pero cuantas veces en lugar de sacrificar a aquel ídolo hemos sacrificado a Dios y a los hermanos en nuestro corazón. Por eso, en el mundo hay tanta violencia, discordia, odio y egoísmo porque hemos sacrificado al hombre de carne y hueso en nombre de nuestros ídolos del tener, del poder y del valer.

Por tanto, hay que sacrificar con dolor a nuestros falsos dioses, porque solamente dando muerte a aquello que nos ata encontraremos la vida verdadera. El que sacrifica, arriesga. El que sacrifica se dona, pero recibe el don de Dios: su providencia, su auxilio. De esta manera, liberados de toda clase de ídolo podremos ser don de sí, ofrenda de amor para el otro, tendremos la capacidad de penetrar en su mirada, de contemplar profundamente su rostro, porque el rostro *“es el hombre que se descubre ante los demás por su cara, sus ojos, su boca, su frente. Sin palabra alguna, su faz se vuelve mensaje para otro”*⁹⁸.

En el mundo actual los hombres y mujeres cargamos tantas máscaras que ocultamos nuestra verdadera identidad. Pero a veces detrás de ese rostro humano se oculta mucho sufrimiento, dolor y tantas heridas. Las personas no pueden seguir caminando con heridas abiertas porque se desangran. Todos los días vemos personas vivas, y sin embargo, muchas de ellas agonizan por dentro. De ahí que es tan importante detenerse ante la situación del otro y tener una mirada de amor y de misericordia hacia él como lo hace Jesús con nosotros que siempre tiene una mirada de amor, de ternura, de cariño, y de misericordia.

Si nos apropiamos de la mirada de Dios tomaremos conciencia de que el rostro del otro es un reclamo continuo a mi rostro que dice: ¡Mírame!, ¡escúchame!, ¡atiéndeme!, ¡defiéndeme!, ¡protégeme!, ¡compréndeme!, ¡valórame!, ¡perdóname!, ¡abrázame!, ¡consuélame!, ¡presta oído!, ¡ayúdame!, ¡no me dejes!, ¡te necesito!, ¡estoy solo!⁹⁹

En definitiva, ante el rostro del otro hay que donarnos, pero más aún, hay que inclinarnos, arrodillarnos, humillarnos, tomar la condición del esclavo para servir y venerar el

⁹⁷ Idem.

⁹⁸ P. Álvarez, Carlos CJM, *Aprender a orar con el cuerpo desde la experiencia bíblica*, Ed. Universidad Simón Bolívar, Barranquilla, 2014, p. 180.

⁹⁹Cf. García, Saúl Ernesto, *Vivir en la donación del ser*, op cit, p. 64

rostro del otro, porque cuando veneramos el rostro del otro veneramos y adoramos al mismo Dios, y tocamos la carne y las llagas de ese Cristo que está presente en los hermanos más débiles y necesitados: “Tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber, era forastero y me acogiste, estaba desnudo y me vestiste, enfermo y me visitaste, en la cárcel y viniste a verme” (Mt 25, 35-37).

En fin, cuando nos dejamos transformar por el amor del Dios de Jesucristo se produce en nosotros una auténtica conversión que abandonamos el pecado para darnos totalmente y servir a los otros que son nuestros hermanos. Esta es la mejor manera de luchar contra el mal y de decir al mundo que la esperanza, el sentido de una vida realizada aun resplandece en la historia de cada ser humano.

3.3 Hablar al mundo entero del amor y de la alegría salvífica de Jesucristo Verbo Encarnado

3.3.1 El amor de Dios lleva a plenitud el sentido de la vida humana

El amor es posible en el mundo sencillamente por la Encarnación. Es este acontecimiento de salvación que nos garantiza en la historia la presencia continua del amor de Cristo. Por tanto, el Evangelio nos exige a anunciar a un Dios que por amor se encarnó y dio su vida por todos nosotros. El Amor es lo que define su esencia, por eso, es don de sí capaz de amar, de perdonar, de compadecerse y de entregarse hasta el extremo. *“Para san Juan, se da una unidad esencial entre la persona y la función de Cristo: es el Amor que hace visible el Amor”*¹⁰⁰, porque Dios es Amor (1 Jn 4, 8).

Toda su vida fue una ofrenda de amor por los hombres hasta dar su vida por ellos: “Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15, 13). En la hora de la verdad, en el momento más oscuro de su vida nos reveló la magnitud de su amor que marcó para siempre la historia humana. Por eso, el amor es posible en el mundo porque Dios dejó la huella de su amor infinito en la cruz:

La cruz de Cristo y la muerte de Dios es el colmo de la sinrazón, la victoria más asombrosa y más alucinante de las fuerzas del mal sobre aquel que es la vida, el poder. Pero al mismo tiempo es la revelación de un amor que se impone al mal, no por la fuerza, no por un

¹⁰⁰ Latourelle, René, *El hombre y sus problemas a la luz de Cristo*, op cit, p. 441.

exceso de poder, sino por un exceso de amor que consiste en recibir la muerte de manos de la persona amada y en sufrir el castigo que se merece con la esperanza de convertir al amor su amor rebelde. La omni-debilidad de Dios se convierte entonces en su omni-potencia¹⁰¹.

Como vemos, el amor de Dios es gratuito y real, no lo impone a la fuerza, ni tampoco espera recibir gratificaciones. Su bondad no es un acto de fuerza sino de debilidad y nos deja en nuestra libertad el poder aceptar o rechazar el ofrecimiento de este don supremo. “*La debilidad del amor de Dios es justamente la prueba del amor divino*”¹⁰². Entonces, por ser un Dios personal que respeta nuestra autonomía su amor es libre y liberador.

Tanto es así, que a nosotros nos da la capacidad de vivir y transmitir su mismo amor trascendente y transformador sin imponernos y sin, tampoco, sentirnos atados a ninguna criatura. Nuestras palabras y acciones unidas a este fuente de vida tendrán un poder humanizador, vivificador y liberador en la vida de muchas personas. Solamente el amor de Cristo hace que nuestra capacidad de amar no tenga límites y nuestra vida sea capaz de aguantar las pruebas más duras.

Si Dios por esencia es puro amor, el hombre como obra suya también está definido por ese mismo amor. Además, la naturaleza humana al quedar divinizada por la Encarnación, nos revela que el hombre en su ser profundo es bueno. Entonces, lo que define la esencia, la estructura ontológica del hombre no es ni el pecado ni el mal ni ninguna fuerza extraña, sino el amor de Dios manifestado en Cristo Jesús. Por tanto, estamos llamados al amor, pero también es fundamental dejarnos amar profundamente por Cristo hasta decir con san Pablo: “Me amó y se entregó por mí” (Gal 2, 20).

Cuando nos identificamos y nos dejamos fascinar por la persona y el amor de Cristo se inicia una renovación profunda en todas las dimensiones de nuestra vida que es ahora donde comenzaremos a valorar y darle sentido auténtico a nuestra existencia. J. Moltmann sostiene que “*una vida verdaderamente humana procede del amor, se halla viva en el amor y por medio del amor vivifica toda vida*”¹⁰³.

¹⁰¹ Ibid, p. 354.

¹⁰² Cencini, Amedeo, *Los sentimientos del Hijo*. Ed. Sígueme, Salamanca, 2005, p. 133.

¹⁰³ Moltmann, Jurgen, *La Venida de Dios Escatología Cristiana*, Ed. Sígueme, Salamanca, 2004, p. 84.

Una existencia arraigada en el amor vive el instante con profunda intensidad, se sumerge en el corazón de la vida, “*es capaz de disfrutar de la felicidad y de padecer el dolor*”¹⁰⁴. Por eso, nada le resulta pesado e insoportable, nada le parece imposible e incluso hasta el mal no llega a afectarle profundamente. El amor es capaz de todo y hace florecer la vida ahí donde la existencia se encuentre vacía, desértica y apagada.

El amor es también donación, es dar la propia vida para que los demás tengan vida. No solo nos lleva a defender y a reafirmar la vida, sino también a aceptar al otro como es y como un hermano. El amor construye comunidad, fortalece la unidad, nos hace sensibles al dolor ajeno y nos hace aceptar las miserias de cada uno. Pero quien ahoga el amor a la vida y a sus hermanos, está anticipando su propia muerte¹⁰⁵.

En resumen, el amor verdadero, el amor que nunca falla, llena de vida plena, perdona y siempre es fiel, se ha personificado definitivamente en Jesucristo el Logos Encarnado. Por tanto, anunciarlo a toda la humanidad es anunciar la soberanía del amor perfecto. No hay nada más superior que el amor de Jesucristo el cual tiene poder para vencer las barreras del odio y del pecado. Si el amor de Cristo es la fuerza que nos inspira y el modelo a reproducir en nuestra existencia obtendremos una vida dichosa y llena de sentido sin olvidar nunca que:

Una vida afirmada, amada y aceptada es una vida feliz. Una vida afirmante, amante y aceptadora es una vida realmente humana. En virtud, de ese amor adquirimos vitalidad; en virtud de ese amor nos adentramos en la vida; en virtud de ese amor vivificamos a otros¹⁰⁶.

A lado del amor sobreabundante de Cristo es necesario mostrar también el rostro alegre de Dios que quiere que todos lleguemos a la salvación. Es más, la gente llega a reconocer y a aceptar al Dios viviente cuando en nosotros esta alegría ha transformado nuestro semblante y toda nuestra existencia.

3.3.2 La alegría de anunciar al mundo a un Dios salvador y alegre

Si el Dios Encarnado habita la tierra, entonces, no tenemos por qué avergonzarnos de compartir esta alegre noticia. Lo triste sería para nosotros y para el mundo mostrar a un dios apático y aterrador que no tiene nada que ver con nuestros problemas. Es más, aún en el

¹⁰⁴ Ibid, p. 89.

¹⁰⁵ Cf, Ibid, p. 86.

¹⁰⁶ Idem.

imaginario colectivo sigue presente la imagen del dios justiciero que exige poca alegría y más seriedad. Decir que Jesucristo es el sentido último de toda la existencia humana es una noticia que debe llenarnos profundamente de alegría y felicidad, y que a cada hombre desde cualquier punto de la tierra debe llenarlo de esperanza y de paz.

En el Evangelio, el acto de la Encarnación es presentado como una buena noticia que ha traído la alegría al universo entero. “No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor” (Lc 2, 10-11). Ya en la economía antigua se invitaba al pueblo a llenarse de júbilo y regocijo por la venida del Salvador: “¡Grita alborozada, Sión, lanza clamores, Israel, celébralo alegre de todo corazón, ciudad de Jerusalén!... Yahvé tu Dios está en medio de ti, ¡un poderoso salvador! Exulta de gozo por ti, te renueva con su amor; danza por ti con gritos de júbilo, como en los días de fiesta” (So 3, 14-18).

Cuando alguien se ha encontrado verdaderamente con el Dios de Jesucristo y ha sido visitado por él surge en su corazón una alegría desbordante e indescriptible. Además, la alegría del que sigue a Cristo no le viene solamente porque lo sigue, sino porque también el Hijo de Dios ha dado pleno cumplimiento a sus más profundos anhelos y deseos: “*En definitiva, se trata de comprender que el mensaje cristiano es la respuesta a las aspiraciones más profundas del hombre. Porque sólo donde tales aspiraciones se ven cubiertas, puede darse la alegría profunda*”¹⁰⁷.

Por eso, es necesario encontrarnos una vez más con Cristo, renovar nuestro encuentro con él para que la alegría del Evangelio Viviente nos colme totalmente, nos devuelva la esperanza, el gusto por la vida y nos impulse cada día a construir un mundo más humano y más fraterno. El Papa Francisco en la Exhortación Apostólica “*Evangelii Gaudium*” invita al creyente a dejarse impregnar constantemente por la Alegría del Evangelio que es una alegría salvadora y liberadora:

¹⁰⁷Castillo, José María, *El Seguimiento de Jesús*, Salamanca, Ed. Sígueme, 2004, p. 207.

La Alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría¹⁰⁸.

De esta manera, la alegría no nos viene de un personaje del pasado ni tampoco por el contacto con una energía cósmica impersonal, sino de un Dios personal que ha trascendido las barreras del espacio y del tiempo y se hace presente en el hoy de la historia. La Quinta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe reunida en Aparecida afirma:

Es necesario que los cristianos experimenten que no siguen a un personaje de la historia pasada, sino a Cristo Vivo, presente en el hoy y en el ahora de sus vidas. Él es el Viviente que camina a nuestro lado, descubriéndonos el sentido de los acontecimientos, del dolor y de la muerte, de la alegría y de la fiesta¹⁰⁹.

Por tanto, la alegría del Evangelio es una alegría existencial, es el gozo que Dios nos ha regalado a través del encuentro apasionado con el amor de Cristo. Esta alegría es mucho más que un sentimiento y emoción, porque se trata de un don del Espíritu que permanece en el alma en todo momento. La irrupción de Dios en nuestra realidad personal hace que nuestra vida se vuelva una fiesta y se llene de júbilo.

Mientras muchos buscan la alegría y la felicidad en el consumismo, en los placeres, en el libertinaje y en el poder que al poco rato se esfuman y desaparecen. En cambio, la alegría del Evangelio es tan fuerte y profunda, que se sobrepone a todo lo demás, a los sufrimientos y a las crisis de la vida¹¹⁰. Esta alegría es permanente e inquebrantable, jamás sucumbe ante cualquier adversidad aun cuando la obra y la vida del creyente se desplomen. Por eso, *“la alegría es característica esencial de aquel que se declara seguidor de Jesucristo”*¹¹¹.

La alegría de Cristo tiene que ser una realidad inseparable del creyente, tiene que ser el distintivo de su vida. Así como estamos llamados a vivir y a anunciar el amor de Cristo, de la misma manera, estamos llamados a ser mensajeros de la alegría evangélica en medio de un mundo atemorizado y convulsionado. Solamente la alegría que proviene de Dios nos hace ver

¹⁰⁸ Francisco, *Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium*, 2013, N° 1.

¹⁰⁹ Documento Conclusivo de Aparecida, Bogotá, 2da edición, 2007, p. 16.

¹¹⁰ Cfr, Castillo, José María, *El Seguimiento de Jesús*, op cit, p. 203.

¹¹¹ Ibid, p. 203.

que no todo está perdido, que nada es irremediable, porque el Reino de Dios está germinando en lo más profundo sosteniendo y salvando a la humanidad.

Es más, esta misma alegría no es solamente un antídoto contra la tristeza del mundo actual, sino que también es una fuerza que purifica al interior de la Iglesia a muchos creyentes marcados por el pesimismo y el negativismo. No podemos anunciar a Cristo con un rostro derrotado, desanimado y pesimista porque eso da la impresión de que *“la religión anda divorciada de la alegría, hasta el punto de que muchas personas llegan a romper con la religión, precisamente porque quieren ser felices”*¹¹². Por tanto, no podemos andar con cara de funeral. El Papa Francisco en una de sus homilias declara que hay cristianos con cara de pimientos en vinagre. Al mismo tiempo sostiene que:

"El cristiano es un hombre y una mujer de gozo. Esto nos enseña Jesús, nos enseña la Iglesia, en este tiempo de forma especial". Ha matizado que este gozo es algo más que la alegría, "es algo más profundo, es un don." Este gozo es "como una unción del Espíritu. Y esta alegría está en la seguridad que Jesús está con nosotros y con el Padre"¹¹³.

Más la realidad tiene que ser distinta, si acudimos al Evangelio lo primero que salta a la vista es un mensaje de alegría y de vida y no de tristeza y de muerte. El Dios de Jesucristo nos ha comunicado la plenitud de su alegría no solo como un regalo suyo sino como una misión que es preciso compartirla con los demás en el presente de nuestra historia: “Os dejo dicho esto para que compartáis mi alegría y así vuestra alegría sea total” (Jn 15, 11). La Iglesia nunca tiene que dejar de compartir la alegría salvífica de Cristo a los hermanos:

La alegría del discípulo es antídoto frente a un mundo atemorizado por el futuro y agobiado por la violencia y el odio. La alegría del discípulo no es un sentimiento de bienestar egoísta sino una certeza que brota de la fe, que serena el corazón y capacita para anunciar la buena noticia del amor de Dios. Conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida, y darlo a conocer con nuestra palabra y obras es nuestro gozo¹¹⁴

¹¹² Ibid, p. 198.

¹¹³ <http://www.zenit.org/es/articulos/los-cristianos-deben-ser-hombres-y-mujeres-de-gozo> 24/05/15.

¹¹⁴ Documento Conclusivo de Aparecida, N° 29.

CONCLUSIONES

Como conclusión afirmamos que el sentido de la vida sólo es posible en cuanto que el hombre es el ser ahí, es un ser en el mundo que entra en contacto profundo con las cosas y los acontecimientos que van configurando y moldeando su existencia. El mundo es el lugar donde acaecen los hechos. Pero designa también la realidad concreta y compleja de cada persona que en el diario vivir tiene que afrontar las situaciones de la vida para ir dándole profundidad y significado a su existencia. En este entramado de hechos y circunstancias el hombre busca trascenderse y definirse, porque la tarea de la vida no es solamente cumplir con las obligaciones que impone, es también responder a preguntas esenciales que en el caminar diario salen de lo más íntimo de su ser.

Estas cuestiones son preguntas existenciales que tocan las raíces de su ser. En otras palabras, el hombre busca dar respuesta a las preguntas fundamentales de la vida: ¿quién soy?, ¿de dónde vengo y a donde voy?, ¿cuál es el propósito de mi vida en el mundo?, ¿tiene sentido la vida?, ¿tiene sentido la muerte?, ¿por qué el mal y el sufrimiento en el mundo? Por eso, con estos interrogantes profundos el hombre llega a descubrirse como un misterio, como una paradoja a descifrar.

Pero, el hombre por sí solo y abandonado a sus fuerzas es incapaz de encontrar una respuesta definitiva e iluminadora a estos interrogantes. Por eso, la presencia de los otros es de vital importancia para que el hombre pueda conocerse y llegar a ser él mismo. Por esta razón, afirmamos que el hombre es un ser en el mundo con los demás. Pero, es preciso que el hombre salga de sí mismo para que entre en relación profunda con los otros, para que sea capaz de penetrar en el mundo de ellos.

Esto nos habla de que el hombre es un ser para el encuentro, porque solamente en el diálogo recíproco, en la alteridad, en la intersubjetividad, es como el hombre podrá encontrarse consigo mismo, es como podrá alcanzar la verdad al sentido de su vida. El otro no es algo ni tampoco un ser anónimo, sino alguien que tiene un rostro concreto. Es un tú personal, es un alguien sagrado, porque es sacramento de la presencia de Dios. Por eso, bajo ningún concepto, puede ser instrumentalizado, manipulado y cosificado. Cuando dejo que el otro exista en mí y yo en él, el encuentro se transforma en una comunión de amor.

De esta única manera es cómo podemos hacer frente a una cultura donde nuestras relaciones han perdido profundidad porque se han vuelto superficiales a tal punto que el otro ya no nos interesa. Vivimos rodeados de tantas personas, y sin embargo, sentimos la sensación de una gran soledad. Vivimos en una sociedad de masas donde cada quien se pierde en el anonimato y lleva una existencia aislada. Estamos fuertemente marcados por el individualismo y la indiferencia que nadie se preocupa por la causa del otro y peor aún del más débil.

Aún estamos lejos de construir la civilización del amor, porque precisamente el amor ya no ocupa un lugar central en la vida del hombre. El corazón humano ha sido ocupado por los ídolos del poder, del tener y del valer que no han hecho más que traer grandes desgracias para la humanidad. Por tanto, la vida llega a tener razón de ser cuando la vivamos en función de los demás y no en función de nuestros intereses. El mismo Jesús nos enseña que lo único que cuenta en la vida es el amor a los hermanos y cuando llegue el momento final seremos examinados en el amor.

He ahí la importancia de vivir plenamente el encuentro con los demás, porque cuando nos encontramos con el otro, en el fondo, también hay un deseo de encontrarnos con Dios. En última instancia, nuestra vocación definitiva, es encontrarnos algún día con Dios.

Pero el misterio de la Encarnación nos ha revelado que nuestra vocación está atravesada por el deseo de Dios. Por eso, no es raro que el hombre tenga sed de una vida eterna e inmortal, no es raro que tenga un deseo profundo de saciar su vacío infinito con algo infinito y sobrenatural. Es así, como el hombre, a pesar de su nada y de su miseria, es capaz de Dios. El hombre puede entrar en relación íntima con Dios, porque Dios posee una estructura de humanidad, es un Tú personal.

Por eso, siempre nos sorprenderá y trascenderá nuestras expectativas. Nuestra vocación ha quedado divinizada no solamente por la Encarnación, sino porque también, desde toda la eternidad el Logos eterno ha estado en íntima relación con nuestra humanidad en el seno de la Trinidad. De ahí que tanto la Creación como la Encarnación son el fruto de este acto kenótico de Dios. Esto nos revela que Dios es don de sí, amor puro y sin límites, pero en que la plenitud de los tiempos se reveló de una vez por todas en la persona de Jesús de Nazaret. Pero, además,

por el Misterio de la Encarnación, el Verbo de Dios en su naturaleza humana y divina es el único mediador y el salvador absoluto de toda la humanidad.

El Dios de Jesucristo ha revolucionado el sentido de la historia humana porque, llevado por la locura del amor, ha traído la salvación a toda la humanidad ofreciendo su vida por nosotros en la cruz y venciendo todos los sin sentidos, los males y absurdos de este mundo. Por eso, el hombre no encuentra el sentido último de su vida más que en Jesucristo, porque Cristo es la totalidad de sentido, es el único intérprete y exégeta del hombre, el único que puede descifrar, remediar y curar las heridas más profundas y las situaciones dramáticas del hombre.

Solamente en el Dios de Jesucristo las preguntas fundamentales de la existencia reciben una respuesta novedosa y absoluta que trasciende nuestras expectativas. Nada más que en Aquél que es el camino, la verdad y la vida (cf. Jn 14, 6) el hombre encuentra la fuerza, la luz y la esperanza para seguir instaurando el Reino de Dios en la tierra, para hacer de este mundo la civilización del sentido y del amor. Por eso, la vida tiene que ser absolutamente valorada y merece ser vivida con sentido porque vale la sangre de Cristo Jesús derramada en la cruz.

Si Cristo es en verdad el principio, el centro, la meta definitiva y el sentido último de todo cuanto existe, eso significa que ni la muerte ni el mal jamás tendrán la última palabra, porque la primera y última palabra que sostiene el destino de la historia humana y de la Creación es Jesucristo nuestro único salvador. Aunque la victoria de la Cristo sobre la muerte y el mal se verá definitivamente consumado al final de la historia. Sin embargo, la muerte sigue presente en el mundo desconcertando y cuestionando seriamente a no pocos.

A la luz de Cristo la muerte, más allá de ser un misterio aterrador, nos da la oportunidad de poder encaminar nuestra vida conforme a la voluntad de Dios. La muerte nos recuerda que esta vida es transitoria, pero que tampoco es el final definitivo. Por eso, nos advierte estar preparados llevando una vida coherente y responsable, orientando rectamente nuestra libertad porque es aquí donde está en juego nuestra felicidad o nuestro fracaso total. Si vivimos de esta manera con sabiduría, inteligencia y discernimiento siendo conscientes de nuestra fugacidad en la historia tanto la vida como la muerte dejarán de ser un peso agobiante.

Sólo en la muerte nuestro yo quedará al descubierto y se mostrará tal cual es, ahí sabremos en verdad lo que fuimos. Pero a la luz de la Resurrección de Cristo la muerte es solamente el comienzo definitivo de lo que cada uno está llamado a vivir y a ser, solamente ahí en el encuentro cara a cara con Dios alcanzará su plenitud nuestra vocación humana. En este encuentro de amor y de salvación es como quedará infinitamente saciados y remediados todos los deseos, anhelos y problemas del ser humano. Por eso, la muerte no tiene la última palabra.

Pero tampoco el misterio del mal tiene la última palabra. El mal es el peor de los sin sentidos, es un irracional absoluto que también ha sido derrotado por Cristo. Es verdad que el mal pone a prueba nuestra fe, pero no vamos solos, porque aún en los valles oscuros de la vida, Cristo va con nosotros luchando contra el mal y descubriéndonos el sentido de la vida y de los acontecimientos. Pero también nos da una esperanza renovada para que seamos capaces de encontrarle un sentido a todas las cosas.

Sin embargo, la esperanza cristiana rechaza rotundamente un mundo sin mal. Ella no nos promete ni la Jerusalén celestial ni el paraíso en la tierra, ni tampoco nos ofrece la eliminación radical del mal en el mundo. Sobre estas falsas ilusiones ha pretendido construirse el mundo prescindiendo de Dios. Como no es posible el mejor de los mundos posibles, la sociedad ha cuestionado fuertemente la omnipotencia de Dios pensando de que es incapaz de eliminar el mal, o muchas veces ha dejado de creer en ese dios que puede y no quiere; o ni quiere ni puede erradicar todo género de mal.

Cualquier ideología que en su discurso nos hable de un paraíso terrenal es destructora y perversa. Cuando creíamos que aparentemente estas ideologías tenían todos los recursos para hacer posible el mejor de los mundos justamente ahí se han cometido los peores crímenes de la humanidad. Por tanto, no podemos seguir pensando en la posibilidad de un mundo sin mal. La esperanza cristiana no nos garantiza un paraíso a nuestra medida, pero sí nos asegura que el destino de la humanidad está en manos de Dios.

La esperanza cristiana no vive de ilusiones vanas y ni de ideas triunfalistas, porque *“ha encontrado en Dios el único apoyo seguro e incommovible, capaz de sostener la constitutiva*

fragilidad de la existencia humana”¹¹⁵. Por eso, estamos llamados a luchar hasta el último instante contra toda desesperanza y contra todo género de mal ahí donde esté lesionando y afectando la vida del ser humano.

Junto a la esperanza, el sentido de la vida debe tener como fuente inspiradora la fuerza del amor de Cristo. En el mundo actual no solamente hay una crisis de esperanza, también hay una crisis de amor. El hombre contemporáneo tiene una necesidad profunda de sentirse amado, de sentir el calor de un amor auténtico y leal que pueda sanar la frialdad de su vida. Pero, solamente el amor de Cristo puede sanar su corazón herido por el odio y el pecado. Solamente este amor divino puede destruir los muros de división para que el hombre se reconcilie consigo mismo, con Dios, con los demás y con la naturaleza, y sea constructor de relaciones fraternas para que en este mundo cada persona pueda alcanzar su plena humanización.

Y cuando el hombre se deja abrazar por el amor de Cristo la alegría brota como un don del Espíritu. Esta alegría es mucho más que una emoción, porque se trata de la alegría del Evangelio que sana, salva y libera al hombre de la tristeza, de la amargura, del miedo y del odio. Con esta alegría evangélica el hombre puede llegar a disfrutar plenamente de la vida, la saborea profundamente y jamás se doblegará cuando lleguen las horas más difíciles y oscuras a su existencia. Es esta alegría que viene del encuentro con Jesucristo que necesitamos comunicarla y contagiarla a tantas personas que se han estancado y han abandonado sus sueños y más altos ideales.

Por eso, es necesario anunciar al mundo entero con una existencia gozosa y llena de amor a Jesucristo, el Emmanuel, el Dios con nosotros, en quien el hombre es liberado de la soledad, de la desesperanza, de la náusea, del odio, y de todo pesimismo y negativismo frente a la vida. Solamente Cristo tiene poder para liberarlo de toda opresión y de toda fuerza oscura. Pero también tiene poder para curarlo de todo desequilibrio y angustia existencial. En definitiva, solamente en Aquél que es el alfa y la omega, el principio y fin de todas las cosas (cf. Ap 1, 8; 21,6) la vida queda totalmente redimida y colmada totalmente de sentido.

¹¹⁵ Torres Queiruga, Andrés, *Esperanza a pesar del mal: la Resurrección como horizonte*, Ed. Sal Terrae, Santander, 2005, p. 134.

Cuando experimentamos la cercanía salvífica y amorosa de Cristo es porque la vida eterna de Dios ha irrumpido en la existencia histórica del hombre. Aunque no la experimentamos en toda su plenitud, sin embargo, estamos pregonando desde ya y por anticipado algo de la vida gloriosa. De esta manera, así nos adentramos a la Escatología cristiana. Dicho en otros términos, con Jesucristo la escatología más que centrarse en el futuro se vuelve una escatología del presente que debe comenzarse a vivir aquí y ahora. Claro está *“que este presente no suprime el futuro, pero este futuro no puede ser superación de lo anterior sino plenitud. En otras palabras, el presente es el futuro que ya ha comenzado; el futuro es presente llevado a su fin”*¹¹⁶. El hombre no tiene que esperar el final de la vida para entrar en la vida gloriosa de Dios, sino que desde hora puede vivir el cielo en la tierra.

¹¹⁶ Álvarez, Carlos CJM, *Curso de Escatología Anunciamos la Vida Eterna: curso de Escatología*, op cit, p. 19.

BIBLIOGRAFÍA

Documentos de la Iglesia

1. Francisco, Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, 2013.
2. San Juan Pablo II, *Carta Encíclica Redemptor Hominis*, 1979.
3. Benedicto XVI, Carta Encíclica *Spe Salvi*, 2007.
4. Beato Pablo VI, Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, 1975.
5. Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*
6. Documento Conclusivo de Aparecida, 2007.
7. Mensaje al Pueblo de Dios del Sínodo de los Obispos sobre la *Palabra de Dios*, 2008.

Autores

1. Álvarez, Carlos CJM, *Curso de Escatología Anunciamos la Vida Eterna*, Barranquilla, 1984.
Álvarez, Carlos CJM, *Una Mirada actual a los escritos del Nuevo Testamento*, Ed. Universidad Simón Bolívar, Barranquilla, 2011.
Álvarez, Carlos CJM, *Aprender a orar con el cuerpo desde la experiencia bíblica*, Ed. Universidad Simón Bolívar, Barranquilla, 2014
2. Arias, Juan, *El Dios en quien no Creo*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1975.
3. Boff, Leonardo, *El Destino del Hombre y del Mundo*, Ed. CLAR, Bogotá, 1983.
4. Cambón, Enrique, *Antropología Trinitaria para nuestros pueblos*, Celam, Bogotá, 2014.
5. Castillo, José María, *El Seguimiento de Jesús*, Ed. Sígueme, Salamanca, 2004.
6. Cencini, Amedeo, *Los sentimientos del Hijo*, Ed. Sígueme, Salamanca, 2005.
7. De Margerie, Bertrand, *Cristo Vida del Mundo*, Ed. Herder, Madrid, 1971.
8. Espeja, Jesús, *Encarnación continuada en la herencia del Vaticano II*, Ed. San Esteban, Salamanca, 2007.
9. Estrada, Juan Antonio, *El Cristianismo en una sociedad laica*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2006.
10. Fernández, Aurelio, *Teología Dogmática I*, BAC, Madrid, 2012.
11. Frankl, Viktor, *El Hombre en Busca de Sentido*, Ed. Herder, Barcelona, 2004.
12. Frankl, Victor, *La Voluntad de Sentido*, Ed. Herder, Barcelona, 1991.
13. Gastaldi, Italo, *El Hombre un Misterio*, Ed. Don Bosco, 4ta edición, 1994.
14. González Carvajal, Luis, *Ésta es nuestra Fe*, Ed. Sal Terrae, Santander, 1998.
15. Heidegger, Martin, *Ser y Tiempo*, Ed. Fondo de Cultura económica, 2da edición, Bogotá, 1998.
16. Heidegger, Martin, *El Concepto de Tiempo*, Madrid, Ed. Trotta, 4ta edición, 2006.
17. Kasper, Walter, *Jesús el Cristo*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1994.

18. Latourelle, René, *El Hombre y sus problemas a la luz de Cristo*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1984.
19. Levinas, Emmanuel, *Dios, la Muerte y el Tiempo*, Ed. Cátedra, 4ta edición, Madrid, 2008.
20. Marchadour, Alain, *Muerte y Vida en la Biblia*, Cuadernos Bíblicos 29, Ed. Verbo Divino, Navarra, 1987.
21. Moltmann, Jurgen, *La Venida de Dios Escatología Cristiana*, Ed. Sígueme, Salamanca, 2004.
Moltmann, Jurgen, *El Hombre, Antropología Cristiana en los conflictos del presente*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1976.
22. Morin, Dominique, *Para Decir Dios*, Ed. Verbo Divino, Pamplona, 1990.
23. Mounier, Emmanuel, *Personalismo Antología Esencia*, Ed. Sígueme, Salamanca, 2002.
24. Neusch, Marcel, *El Mal*, Ed. Mensajero, Bilbao, 1992.
25. Ortega y Gasset, José, *Meditaciones del Quijote*, Ed. Revista de Occidente S.A, 8va edición, Madrid, 1970.
26. Polkinghore, John, *La Obra del Amor: La Creación como Kénosis*, Ed. Verbo Divino, Pamplona, 2008.
27. Rahner, Karl, *Curso Fundamental sobre la Fe*, Ed. Herder, 3ra edición, Barcelona, 1984.
28. Santacruz, Efrén CJM, *La Antropología Fundamenta la Ética*, Ed. Tierra Nueva, Quito, 2001.
29. Suarez, José Antonio, *Antropología Perspectiva Latinoamericana*, Ed. USTA, Bogotá, 1990.
30. Torres Queiruga, Andrés, *Dios crea por amor*, Ed. Sal Terrae, Santander, 1996.
31. Varios Autores: Lobosco, Marcelo; Bianchini, Eduardo; Gercman, Beatriz; Schagen, Virginia; Pazgon, Eliza, *Phrónesis Temas de Filosofía*, Ed. Vicens Vives S.A., Barcelona, 2004.
32. Vélez Correa, Jaime S.J., *Evangelizarla Posmodernidad desde América Latina*, Celam, Bogotá, 2000.
33. Vélez Correa, Jaime S.J., *Al Encuentro de Dios Filosofía de la Religión*, Celam, Bogotá, 2000.
34. Welte, Bernhard, *El Hombre entre lo Finito e Infinito*, Ed. Guadalupe, Buenos Aires, 1973.

Página web:

<http://www.zenit.org/es/articulos/los-cristianos-deben-ser-hombres-y-mujeres-de-gozo>
24/05/15.